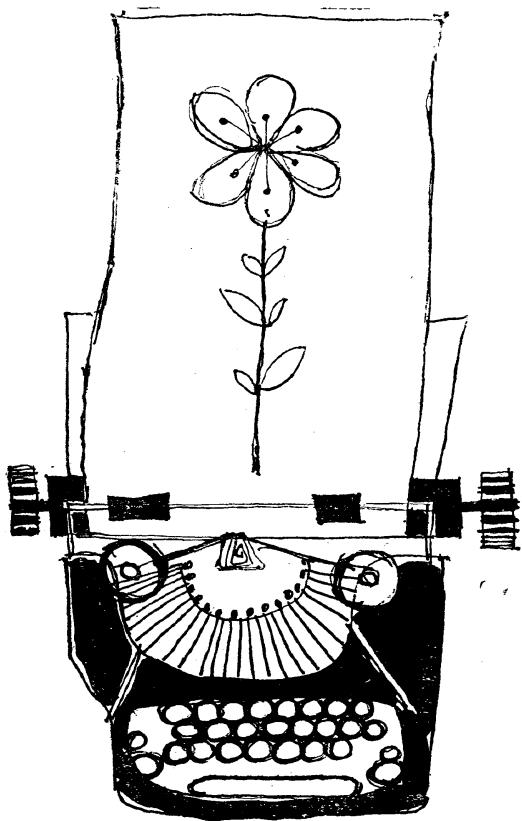


La generación hispanoamericana

del medio siglo



DISÑO DE BLANCO CAPOZZOLI

LISANDRO OTERO	JOSE DOMOSO
JUAN GARCIA PONCE	ENRIQUE LIHN
ERNESTO CARDENAL	ALVARO CEPEDA SAMUDIO
JAIME GARCIA TERRES	ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR
MARIO VARGAS LLOSA	NOE JITRIK
RUBEN BONIFAZ NUÑO	JUAN JOSE SAEZ
MARIA ELENA WALSH	PABLO ARMANDO FERNANDEZ
AUGUSTO MONTERROSO	CLAUDIO GIACONI
MARTA JARA	IVERNA CODINA
MARGARITA AGUIRRE	INES ARREDONDO
MERCEDES VALDIVIESO	FRANCISCO URONDO
AMELIA BIAGIONI	MARCO ANTONIO MONTES DE OCA
BEATRIZ GUIDO	ROSARIO CASTELLANOS
JUAN GELMAN	CARLOS FUENTES

MARCHA

Lisandro Otero (cubano)

PASOS DE ARBINO



DIBUJO DE JORGE CENTURION

• Es el narrador de más interés que ha surgido con posterioridad a la revolución cubana. Apenas cruzados los treinta años, es autor de libros periodísticos (Cuba: 20 años), de un volumen de cuentos, *Tobaco para un jueves santo*, *El Hémisferio*, y se reveló en el IV Congreso de *Casa de las Américas*, cuando presentó su novela *En la simonía*. En su estilo que debe a John Dos Passos y a Hemingway, intenta una reconstrucción — que Carpenter llama la técnica — de la vida cubana de alta clase colonial. Traducida ya a varios idiomas, esta novela abre una amena trilogía. Sin embargo su autor interrumpió su tarea para dedicarse a componer una breve novela, a la cual pertenece el fragmento que publicamos, nacida de un hecho real: en una revista de 1953 se encontró una colección de cartas de amor de un sacerdote cubano. A partir de ese material Lisandro Otero ha compuesto esta historia actual.

—El globo tumbefacto y plateado de antiguas cisternas —esfera tediosa y fascinante, lila y roja, purpúrea—, luego el centro desdoblado a la deriva, se mantuvo en el centro del ocular hasta que el padre Gutiérrez decidió explorar otros planetas. Ha explicado que el telescopio usado es de tipo ecuatorial, que las revoluciones de la Luna son de cuatro clases: síncronas, sidéreas, trópicas y draconíticas. Antes, han atravesado el vestíbulo frío, de mármoles, han bebido Oporto en la Dirección, de volúmenes muebles de canchales sombriamente barnizados. Fabiola y el padre Antonio observan ahora cómo el padre Gutiérrez ajusta el largo tubo erizado de manillas y en su mano vuela el cráter de Kepler? Es el más visible —y se dirige a la mesa de las cartas topográficas.

—¿Por qué a la tarde? ¿Por qué precisamente ahora? El tiempo recobra su flujo. Fabiola siente que le es devuelto el ritmo incesante de todo lo que la rodea. Tormenta. La ha destruido de la delictosa contemplación del padre Antonio y es necesario concentrarse en estos objetos monstruosos.

Fabiola se dirigió al telescopio y aplicó su pupila al ocular.

—Es impresionante —dijo—. Parece una joya. El padre Gutiérrez explicó. Allí no existían líquidos, ni vapores ni atmósferas. Los supuestos planetas, en su realidad, eran grandes bolas de haba y agua. Los errores podían haber sido producidos por gigantes burbujas reventadas por la presión de gases internos o por un bombardeo de meteoritos.

—Lo grave es que ese bombardeo puede producirse en cualquier momento y esta vez destruirá la Luna.

—Es cierto, eso, padre? —preguntó Fabiola. —No no faltan, destruidos antes, cuando eso sucedió en la Luna?

—En aquel momento la Tierra era aún incandescente, una magna geatinosa, y las partículas salientes clavaron en nuestra blanca superficie, no dejaron huella en nosotros.

—El Apocalipsis —dijo el padre Antonio— dice que ser que el Apocalipsis haya ocurrido en la Luna. ¿Estuvo habida alguna vez? —preguntó Fabiola.

—Es probable —dijo el padre Gutiérrez—. El Apocalipsis puede repetirse — afirmó el padre Antonio Urbano. Se repetirá.

—Ya no estaremos aquí para verlo —dijo Fabiola.

—Su alma estará, Fabiola — sentenció el padre Gutiérrez.

El zumbido apagado del teléfono condujo al padre Gutiérrez junto al auricular. Conoció con un sobresalto y se excitó porque debía bajar unos instantes.

—Quédan en su casa —dijo antes de cerrar la línea.

—Y el quinto ángel tocó la trompeta y vi una estrella que cayó del cielo en la Tierra; y la fue dada la vida del pozó del abismo —leyó Antonio Urbano y dejó de nuevo la Biblia sobre la mesa del padre Gutiérrez.

—¿Qué le ordenó Fabiola. —Tomó el libro abierto entre sus manos y leyó con voz clara y grave de profeta: "Y abrió el pozó del abismo, y salió humo del pozó como el humo de un gran horno; y obscurecieron el sol y el aire por el humo del pozó".

—¿Y no es lo que será y lo que ha sido —dijo Fabiola.

—Y del humo salieron langostas sobre la Tierra, y todas dadas potestad, como tienen potestad las serpientes de la Tierra. Y les fue mandado que no hicieran daño a la hierba de la Tierra, ni a ninguna cosa verde, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen la señal del Dios en sus frentes. Y les fue dado que no los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era un tormento de escorpiones, cuando miera al hombre; y en aquellos días buscaron los hombres la muerte, y no la hallaron; y deseaban morir y la muerte no les fue dada."

—¿Qué tiene la señal del Dios sobre la frente del hombre? —preguntó Fabiola.

—Es que no ha pecado.

—¿Tiene tal la señal?

—Ha pecado.

—Y quedará en el pecado. Seguirá hasta que haya comido por los escorpiones.

—... en el lugar en que se peca. Como el buen hijo de Noé.

—Nunca fui inclinado al sacerdocio.

—Tu madre creyó que no rebasarías el ataque. Tenía que cumplir su promesa.

—En el seminario, durante un tiempo, reed... —

—Gracias a eso... —

—No, al tratamiento. A los pesados hierros en las piernas.

—Doña María cree firmemente. Doña María se salvará de los escorpiones en el momento en que el mar se torne de sangre y un baño de fuego envuelva la Tierra.

—María contempló, demudado los santos de madera y observa poco a Dios cuando se manifiesta en la lluvia y en las plantas que germinan y en una noche como ésta.

—Sí, como ésta. Con esos millones de puntos luminosos muy informada de mi estancia en un planeta, me abruma la conciencia de habitar en una partícula, como esa de allí, a la deriva en un espacio infinito.

—Fabiola escribió de nuevo la superficie de la Luna.

—¿Has visto esto, Antonio? Tiene que existir un planificador de esta magnitud, de toda esta complicación.

—Puede existir y puede no existir —dijo el padre Urbano—. Dios está en todo lo que se manifiesta concretamente. Dios está en el ojo que hace, crece, se nutre y muere. La materia misma es Dios.

—¿Y el otro Dios, el nuestro? —

—¿El que está en un trono, en alguna parte, allá arriba? —

—El único Dios —dijo Fabiola.

—¿Ser los hemos inventado nosotros. Lo hemos creado a nuestra semejanza. ¿Por qué Dios no es representado con ocho ojos y cuatro brazos? ¿O sin ojos, sin brazos, como un círculo de carne con un solo orificio, un gran cerebro con una sola comunicación al exterior? Dios sólo existe dentro del hombre.

—¿Lo crees así, firmemente, Antonio? —

—No sé. A veces creo eso y a veces todo lo contrario y en ocasiones no creo nada.

—Si fuera así, si Dios fuera así, ¿qué pecado tendría yo? —

—El que hayas cometido contra tu mismo, contra el orden lógico de la naturaleza.

—¿Y Florencia? En Florencia fui infiel a Guido. Eso es antinatural.

—Depende de Guido.

—La sabes como es él.

—Ya no te condenaría. Hoy no te condenaría. Si tú fueras tu alma en mis manos no la enviaría al Purgatorio.

—Y los otros... y toda lo demás.

—Cada uno ha tenido su razón, su explicación.

—¿Y tú? —

—Yo, no. Antonio se acercó a la mesa y abrió el grueso volumen que tenía en la portada, un viejo caracteres, el título "Harmonía Macrocosmica de Andrés Cellarius". En la primera página una ilustración mostraba a Florencia, Alfonso el Sabio, Copérnico, Galileo y un astrónomo árabe. Miraban al cielo y señalaban una estrella amarilla, un astrolabio y una arbolística que reposaba en la tierra, y en el cielo se confundían ya, solo, la Luna y cuatro quebradas que sostenían un paño con el nombre "Atlas Coelestis", y el signo de Libra y el de Escorpión.

—¿Toda la sabiduría acumulada no alcanza a explicar ciertas cosas? —dijo el padre Antonio.

—¿Tú y yo? —preguntó Fabiola.

—Muchas cosas más.

—Y el arropamiento. Siempre me arropo, como te han enseñado a arroparte. Es un sentimiento agregado.

—¿Debes estar contento, Antonio. Todo el tiempo. Aunque tenga que arroparme después.

—Sería una traición, una traición grande a las cosas con las que he convivido desde que nací —dijo el padre Antonio.

—Hay pequeñas traiciones también —respondió Fabiola.

—Nuestra relación implicaría una violación cualitativa. Una sola vez sería igual a cien veces.

—Después nos arroparíamos y podríamos continuar. El arropamiento me impulsa al pecado.

—Debemos irnos —dijo el padre Antonio abriendo la vetusta puerta del cubículo de observación. Fabiola se acercó a él, lo abrazó apretadamente por la cintura y apoyó su cabeza sobre el torso del sacerdote.

—El corazón te late más rápido ahora —dijo Fabiola.

—Escucharon los pasos que ascendían por la escalera y se separaron. Fabiola volvió junto al telescopio.

—El padre Gutiérrez entró enojado.

—¿Han disfrutado con el espectáculo? ¿No? Yo siempre digo que esto es más divertido que el teatro.

—¿Es fascinante —dijo Fabiola.

—¿Vieron los mares? Está el Mar de las Lluvias, que es muy grande, y dos pequeños: el Mar del Néctar y el Mar de las Crisis. Hay muchos lugares interesantes: el Monte Tauro y el Lago de la Muerte, el Cráter de Arquimedes y la Laguna de la Putrefacción.

—¿Qué distancia puede ser explorada con un telescopio? —preguntó Fabiola.

—¿Con este? —

—No, el hombre, el ser humano... ¿la mayor distancia que su visión ha podido llegar?

—Uno mil millones de años luz de distancia.

—Es aterrador. ¿No te parece, Antonio? —dijo Fabiola.

—Hasta ahora han sido conocidos quinientos millones de estrellas y diez millones de galaxias similares a nuestro sistema solar —dijo el padre Gutiérrez.

—Hasta que una estrella llamada Ajenjo... —dijo el padre Urbano.

—¿Su nombre completo? —dijo el padre Gutiérrez.

—¿Cómo, padre, no recuerda usted la Biblia? Hasta que una estrella llamada Ajenjo caiga del cielo ardiendo como una autocarga y cubra la tierra y envenene las aguas. Ese será el día del Juicio Final.

LA CASA EN

● Se inició en el teatro, y en la crítica de pintura y de literatura.

Colaboró en las revistas mexicanas culturales, perteneciendo naturalmente a la redacción de la *Revista de la Universidad* y dirigiendo la *Revista Mexicana de Literatura*. El año pasado publicó sus primeros libros de relatos: *La noche*, *Figura de paja*, *Imagen primera*, donde se le ve, bajo la influencia de Cesare Pavese, abriendo un nuevo camino en la narrativa mexicana: una literatura de ciudad y a la vez universalista, evadida del pintoresquismo.

● Estábamos sentados frente al mar. Los niños giraban a nuestro alrededor, mojándose los pies con el último impulso de las olas, recogiendo continuamente conchas, caracoles pequeños, piedras planas, algas secas y llevándose a enseñar una y otra vez a Marta. Ella les respondía con unas cuantas palabras, encaminadas antes que a prestarles atención a desembarazarse de ellos, y seguía mirando sin ver hacia el frente, donde el cielo, manchado de verde por el reflejo del mar, y de rojo y amarillo por el del sol que nos acababa de ponerse, se extendía infinito.

Me sentía incómoda y molesta. Al principio, había intentado

Por la mañana, al acercarme a la playa, había encontrado la orilla llena de pescados muertos. Fue una sorpresa muy desagradable. Regresé corriendo a contárselo a Marta, pero ella no le dio ninguna importancia. Siguió dándole el desayuno a Eduardito y comentó:

—Es que el mar estuvo revuelto anoche. Siempre pasa. Ya verás qué diferente es todo de ahora en adelante.

Comprendí que la verdadera diferencia estaba ahora en nosotras y la mejor prueba era que antes se lo hubieran dicho claramente y ahora me quedaba callada; pero cuando regresé a la

atraer a los niños hacia mí e inclusive me los llevé tomados de la mano unos cuantos metros a dar un paseo por la orilla para que Marta pudiera quedarse sola un momento, pero apenas se vieron un poco lejos, ellos me pidieron que los regresara junto a su madre y tuve que aceptar, consciente de que no sabía cómo hacerme obedecer. Sabía también que Marta no iba a hablarme y hubiera preferido alejarme sola; pero cuando los niños regresaron me sentí obligada a quedarme a su lado y después de haberme me no sabía cómo levantarme sin que mi gesto pareciera una nueva traición.

daba callada; pero cuando regresé a la playa, me di cuenta de que también en eso Marta tenía razón en parte. Eran casi las diez y sin embargo, en contraste con los días anteriores, la playa estaba completamente desierta. Los botes que un día antes se mecían sobre

el mar, anclados a unos cuantos metros de la orilla, estaban ahora fuera adentro, en los patios de las casas, descansando torpemente sobre dos troncos troncos de palmera, pérdida la gracia y el equilibrio que los mantenía sobre el agua, o cubiertos con una lona que escondía sus formas y señalaba que estaban preparados ya para un largo descanso. Parecía imposible que la gente hubiera podido irse tan rápido, así que yo me diera cuenta, al notar, a usar de las despedidas; pero así en ahora, como para darme la razón se disimulada huida hacia la ciudad, el ar estaba gris y revuelto, y a lo largo la orilla, además de la interminable lera de pescados muertos, innumerables algas que empezaban a descomponerse bajo el calor del sol manchaban arena, dándole un aspecto más desagradable.

A pesar de esto, no tenía ganas de regresar a la casa al lado de Marta, amé por la orilla hasta el pequeño uelle de madera, al que todavía estaba atada la hermosa lancha que tanto me entusiasmaron los primeros días, y me senté en la punta a mirar el mar, aunque el sol empezaba a picarme y sentía la boca seca. Después, más de los niños del pueblo, descalzo, sin camisa con el pantalón de mezclilla arrojado hacia arriba de la rodilla, llegó se sentó a pescar a unos cuantos metros de distancia, volviéndose de vez en cuando para mirarme. Pensé que hora ellos eran otra vez los dos de a playa, aunque yo estaba casi tan quemada como él, y recordé el primer día que salí a pescar con Rafael, Eduardito y don José. Mi anhelo se había sentido atorado en algo por Juliana y Rafael, intempestivamente se quitó la camisa y se tiró al agua para desengancharlo, antes de que don José terminara de avisarle que era peligroso. Yo tenía el cordel en la mano todavía cuando sentí que tiraba de él; el gritito que hizo reír a don José y a Eduardo. Un momento después, Rafael alió a la superficie. Nadó hacia la lancha y cuando llegó, con el pelo sobre los ojos y el aliento entrecortado todavía, me acercé instintivamente, le tomé la mano para ayudarlo a subir y después que al treparse me abrazara casi por completo, aunque sabía que Marta me estaba mirando.

Sentí piedad y ternura por mi hermano y me fui a sentar junto al niño, me siguió con la mirada fijo en el agua donde el cordel se hundía en el mar. Mi presencia y sobre todo mi cercanía parecían molestarlo, pero fingí no darme cuenta y al cabo de un momento le pregunté tonalmente si no picaba.

—Deben picar —dijo él, sin apartar la mirada del cordel—. El mar está revuelto.

—¿Ieso es bueno? —insistí.

—Desde luego —dijo él, con seguridad.

—Es que yo no soy de aquí —explicué.

—Ya lo sé. Es de México. Ya lo he visto —dijo luego.

Hubiera querido seguir hablando, pero él no parecía dispuesto a decir más, aunque me di cuenta de que de vez en cuando apartaba los ojos del cordel para mirarme disimuladamente. Las preguntas y por un instante sentí el impulso de poner uno de mis pies descalzo sobre los suyos. Pero en lugar de hacerlo, me quedé a su lado sin hablar, sintiendo quizás un poco de envidia por su capacidad para concentrarse en el suave movimiento del cordel, hasta que el sol empezó a picarme insosteniblemente a través de la blusa y me dieron ganas de ponerme el traje de baño y metirme al mar.

Al ponerme de pie, el niño se volvió otra vez y alzó la cabeza para mirarme.

Juan García Ponce (mexicano)

PARA KENTUCKY

—¿Ya se va?
—Sí, voy a nadar —dijo.
—Ah —dijo—
Había tal desilusión en su voz que me asustó de haberme equivocado.
—¿Tú no nadar? —pregunté para poder quedarme un momento más.
—A veces —dijo él— Pero no me gusta.

Y él se fue y le acaricié apenas la cabeza; pero él la apartó rápidamente, turbado, y volvió a quedarse mirando el cordel. No debía tener más de nueve o diez años. Desde la orilla, después de recorrer de regreso todo el muelle consiente de su presencia, me volví a mirarlo. Había recogido el anzuelo y estaba de pie, con el cordel enrollado en una mano, preparándose para tirarlo al mar otra vez.

El sol había secado por completo las algas y por encima de su olor a yodo y a sal se intuaba el de los pescados que empezaban a descomponerse también; pero si siquiera eso era realmente desagradable, sino tan sólo natural. Frente a la casa de Marta y los niños estaban ya en traje de baño. Celia, que quizás era la única que todavía seguía en su casa de la playa, estaba con ella. Sus cuatro niños jugaban con los de los otros reclusos sobre la arena en el lugar donde se rendía el impulso de las olas. La salta, presentemente, y me senté junto a Celia, sin hablar.

Era la única que todavía se empeñaba en hablarme de usted, a pesar de la insistencia de Marta, de Rafael y de su propio marido.

—¿Tú ahora mismo —contésté, hinchándose un poco también.
—Basta que yo se había aburrido del mar. Nosotros siempre terminamos hartos —siguió ella.

—¿A mí me gusta todavía —dije yo—. Quizás sea porque no podría venir cada día, claro —dijo ella—. Pero irá a Acapulco o a algún otro lado mo?
—Contésté yo, casi mecánicamente.

—Me lo imagino. Ahí habrá gente fondo en el campo aquí. Fuera de estos meses es horrible y además, empezaron los muerdos. Yo siempre he creído que los muerdos a cubas de aguacate; pero a ver que le parece a usted. Hay muchas personas a las que le brisa las pone completamente histéricas.

—Ella se irá en unos días. No tienes que asustarla con ese cuadro terrible —intervino Marta.
—¿Se va? ¿Tan pronto? ¿Por qué?
—dijo Celia, fingiendo sorpresa y volviendo a inclinarse talmente hacia adelante para mirarme.

—Tengo que trabajar —contesté.
—Pero yo creo que iba a quedarse más tiempo. Rafael... —dejó la frase sin terminar, como si de pronto de hubiera dado cuenta de que había cometido una indiscreción; pero Marta intervino en seguida con absoluta naturalidad.

—Rafael puede ir a verla a México si quiere. Tampoco es muy grave. Por un momento me sentí otra vez a su lado, pero luego me di cuenta de que quizás también ella tenía que defenderse y lo que nos una era esa necesidad que yo tenía de hablarle. Sin embargo, Marta se volvió hacia mí y con la voz y la complicidad de ella, la que usábamos en la Facultad cuando estábamos con otras amigas o cuando queríamos turbar a algún muchacho, empezó a hablar de México, mis hermanos y mi madre, consciente de que le hacía preguntas fuera de la conversación a Celia, que tenía que limitarse a hacer una pregunta de vez en cuando.

Al fin, aburrída, ella se levantó, llamada a su hijo mayor y se metió al mar con él en los brazos. Me levanté también y le dije a Marta que iba a ponerme en traje de baño. Ella me miró, sonriendo.

—No bagas caso de nada. Es cuestión de acostumbrarse a nadarlas.
—¿Ya lo sé —dije—. Pero yo no voy a hacerlo.
—¿Dónde irás —insistió ella.

—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

más a unos cuantos metros de distancia, habían desaparecido, resultaba mucho más agradable estar en el agua y ver desde el mar la playa vacía, la interminable hilera de casas de varadero con las cristales cerradas hasta el año y siguientes acarriadas casi al por las amarras pasadas de los coccos, por los resaca de la iglesia con los techos de paja de las casitas del pueblo a su alrededor y las redes y barcas de los pescadores, dueño otra vez de las cosas.

Luego, tirada sobre la arena, con los ojos cerrados y la cabeza ardiendo adormecida por el terrible calor del sol y contenta de poder recibir libremente al fin, pensé que así hablar con ella ahora en lugar de durante los meses de verano, las cosas hubieran sido quizás diferentes, aunque no sabía si lo deseaba. Rafael iba a venir por la tarde y quería hablar con Marta antes de volverlo. Al pensar en él, recordé un instante a Pedro. En este momento en México él debería estar en la oficina, trabajando. Todavía no había contactado su última carta, ni sabía si iba a hacerlo. Por ahora era imposible pensar en eso, estaba demasiado lejos y yo no sabía si sabría tratarle y explicarle todo, suponiendo que hubiera algo que yo quisiera decirle. Después de haberlo dado eso, me volví boca arriba, sin abrir los ojos. Marta, quizás desde el mar, me estaba llamando uno de los niños. Eduardo no iba a venir a comer y yo ya no tenía nada que hablar con ella para poder irme tranquila.

Mucho después, Marta me mandó a jugar a comer. Después de haberlo hecho la seguía viéndome el mar, casi blanco y brillante bajo la luz del sol, que me daba de matón y de señales sucesivas. Comí con las dos, con los niños. Me acordé de cuando me había casado con ella. Sabía hacerse obedecer por ellos, manteníéndolos dentro de los límites que yo quería sin ninguna intención de perder jamás la paciencia, insistiendo en sus órdenes simplemente, con cariño y con un sorprendente poder de persuasión. El primer día me había sorprendido por lo que yo me había olvidado ahora. Se lo dije y ella sonrió.

—No es ningún error. Después de todo se supone que el no sonar más inteligente, por lo menos tenemos más cosas que ellos.

Sin embargo, al mismo tiempo, la atención constante que había que prestarle, a pesar de la ayuda de las criadas, no impedía conversar verdaderamente. En realidad, desde mi llegada, había sido igual, siempre estaba. Eduardo o llegaba alguien de visita ella tenía que hacer algo o nunca podíamos hablar libremente, hablar como lo hacíamos de solteras, en México. Tal vez eso era el cambio fundamental que se produce con el matrimonio: los amigos de Juan de serlo porque siempre hay algo que se supone que tú y ella, el otro, el contrario a la esencia misma de la amistad; pero parecía casi imposible que eso pasara entre Marta y yo, como ahora me daba cuenta de que, además antes que nada yo estaba esperando a Rafael y la conversación que tendría con Marta me parecía más un deber que una necesidad natural.

Antes de que termináramos el café, Celia y Lorenzo se presentaron "para acompañarnos" a comprender que era inútil pensar que nos quedaríamos solas en algún momento. Delante de su marido Celia era mucho menos agresiva, pero le era imposible abandonar por completo el tono de interrogatorio y curiosidad con el que la mayor parte de sus amigos de Marta y Eduardo me habían hablado en todo momento, tono que tenía la cualidad de hacerme sentir un fantasma que había salido de un pasado que todos consideraban inexistente por el simple hecho de no haberlo compartido con Marta.

En cambio, en los hombres, esa misma curiosidad tomaba un sentido diferente. La mayor parte me hablaba con una especie de segundo sentido, como si cada una de sus palabras quisiera decir algo más de lo que podían decir delante de sus mujeres, apenas a crear una especie de lenguaje secreto, sin cuando sólo se estuvieran refiriendo a su trabajo o trataran de conseguir alguna de las preguntas bonitas que yo les hacía para tener algo de qué hablar. En este sentido, Lorenzo no era la excepción. Arrocachaba la pregunta.

—¿Dónde irás —insistió ella.
—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

—¿Dónde irás —insistió ella.
—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

—¿Dónde irás —insistió ella.
—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

—¿Dónde irás —insistió ella.
—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

—¿Dónde irás —insistió ella.
—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

—¿Dónde irás —insistió ella.
—No digas tonterías —dije yo, tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada y se fue.

Me puse el traje de baño y me metí un seguida al mar. El agua había perdido la semiblanca claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y maciza. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los de-

KENTUCKY

● Nacido en Nicaragua en 1925, habiendo hecho sus estudios en México (Mestría en Letras), Cardenal fue a partir de 1952, y durante dos años, novicio en el monasterio trapense de *Our Lady of Gethsemani*, donde tuvo como maestro el poeta norteamericano Thomas Merton. Luego siguió sus estudios en el monasterio de Santa María de la Restauración, de Guernavaca, y actualmente reside en un manantial colonial en el monasterio de Santa María en las orientaciones más altas, desde el violento alejamiento social hasta la poesía de expresión religiosa, obra desperdigada en numerosos revistas de Centro América. Ha preparado una excelente antología, *Nuestro poeta nicaragüense* (1948), donde recoge la obra de sus contemporáneos y amigos. Ha publicado su libro, *Epigramas* (1963), donde junto a sus traducciones de Catalá y Marcial, se recogen los últimos poemas que entre 1952 y 1957 dedicó a "Somoza y a la situación político-social de su país. Pocos conocidos entre nosotros, es sin embargo de los grandes renovadores de la poesía latinoamericana.

KENTUCKY es un segundo paraíso —dijo Daniel Boone. Me en busca de Kentucky andando hacia el oeste, y dividí desde un monte la planicie de Kentucky, los búfalos pastando como en haciendas de ganado y el silencioso Ohio que corría por las anchas llanuras bordeando Kentucky. (Y que ahora huele a fenol).

Forest Grove Prairie Village Park Forest Deer Park. Los nombres de la frontera ahora son nombres de fraccionamientos suburbanos.

Las buses cruzan las praderas donde pasaban los búfalos.

Donde acampó una vez el pionero de la frontera que emigraba en una canoa hacia el río Misisipi con su carabina y tomahawk y sus tropas de castor, siguiendo a los castores,

ahora resuenan el rumor de las rozadoras de pasto, el tintinear de los highballs, las risas, el ronco ruidito, los gritos del juego de croquet y de volleyball y el golpe sordo de la toba de baseball en el guante.

Desde una ventana abierta se eleva un high fidelity y, con el olor de carne al carbón, flota en la noche. Toda estaba quieto... —scribió Daniel Boone—

Encendí una fogata junto a una fuente y me demoré en la noche silbando un piano que había matado. Los lobos aullaban toda la noche...

Y ahora en el Ohio desentoban todas las cloacas, desperdigadas industriales, autoscon quinientos. Los detergentes de las casas han matado a los peces, y el Ohio huele a fenol...

LA CASA EN...

(Viene de Pág. anterior)

diferencia entre el "usted" con que su mujer se dirigía a mí y el "tú" que él me hablaba para que yo me acordara de la sensación de que existía un mayor grado de amistad entre él y yo, que en cierta forma él "sabía" y yo "sentía" más allá de lo que podía decir. Pero lo verdaderamente extraño es que ese día ingenuo me acordaba de él también a las mujeres, que sentían una especie de orgullo demostrándose así que sus maridos "demasiado" sabían tratar también a gente como yo, pero las preferían a ellas.

Al principio, todo esto me parecía divertido, pero ahora no me sentía con ánimos suficientes para continuar el juego. Lorenzo se había sentado junto a mí, mientras Celis, para acentuar la diferencia, ayudaba a Marta a prepararse más café; pero ella se asomaba a cada momento para intervenir en nuestra conversación sobre la "temperatura" y el calor que hacía ahora en la ciudad.

Después de tomar el café, Celis propuso que jugaráramos una canasta. A pesar de su insistencia, dije que lo haría mucho pero estaba demasiado cansada y quería ver si podía dormir un rato, y me excusé con mi cuento sin volverme a atender sus protestas. Desde ahí, desnuda sobre la cama, tratando de no sudar, los oí hablar un momento todavía, antes de quedarme dormida, pensando vagamente en el regreso, en la presencia de Rafael y un poco también, en Pedro.

Me desperté Marta llamando a la puerta. Medio dormida todavía le pregunté que pasaba.

—Nada — explicó — es que ya casi son las seis. ¿No quieres que vayamos a la playa un momento?

—Entra — dije.

—Sentado en la orilla de la cama y me miró.

—¿Qué quemada estás...

—Sí; ha sido mucho tiempo. ¿Ya se fueron eso?

—Hace un momento — dijo ella, alzando los hombros, con un gesto de fastidio.

Me quedé callada un momento, pensando si debería decirle que ella también estaba quemada o cualquier otra cosa que indicara que también se veía guapa y luego, en lugar de eso, le pregunté a qué hora llegaba el barco.

—No sé. Alrededor de las ocho, espero — contestó ella.

—También va a venir Rafael — dije entonces, sin pensar.

—Lo sé.

—¿Quieres venir? Cualquier otra cosa sería absurda. Hace mucho que somos amigos. En realidad, creo que es el único amigo que he tenido. Y le quiero de verdad, como amigo.

Me senté porque me sentía incómoda hablando con ella así, pero al haberme sentí de pronto que yo también la quería mucho y le tomé la mano.

—Soy yo, Marta. No seas tonta. ¿Por qué no podemos hablar? Yo vine aquí para estar contigo. Sólo para eso. Y tienes muchas cosas de hacer. Siempre hablémoslo pensado que primero que nada estábamos nosotras. ¿No te acuerdas?

Ella se quedó callada un momento.

—No sé — dijo luego. — Parece que ahora todo es lo que quiero decir, desde el principio, desde que llegaste. No sé si ahora, es que es demasiado difícil. Creo que no tengo nada que decirte o que no sabría cómo hacerlo, y para el caso eso es lo mismo. No sé.

—Pero somos amigas.

—Sí, desde luego. Lo sé perfectamente, y lo creo también lo que pasa es que no podemos ser amigas igual que antes.

—¿Por qué? Yo también lo he pensado y no lo entiendo por completo. Sé que hay algo que está entre tú y yo, aparte de todo lo demás. ¿Por qué?

—Yo tampoco puedo entenderlo bien. Pero quiero averiguarlo. Tal vez ya no merezco las mismas bromas cuando me algo sin darme cuenta. Es inútil hablar de eso, en todo caso tendríamos que hablar de eso con alguien que sea una amistad. Para mí ahí está de todas maneras. Hizo una pausa y agregó:

Es cosa de mirar

Jaime Garcia Terrés
(mexicano)

Con dos libros de poesía —Las provincias del aire y Los reinos somnolientos— Jaime Garcia Terrés (nacido en 1924) dice la parte de una sencilla poesía, de atmósfera, sensibilidad, y de rigurosa exactitud racional: *Le feria de los días* (1961) recogió temas políticos y literarios, publicados preferentemente en la Revista de la Universidad de México, que dirige; *Greco* 1960 una muestra visual de Grecia y la poesía con motivo de su viaje. Ha traducido sus obras póstumas, diversos poemas europeos, antiguos y modernos.

POR punto general en el valle de México anda la multitud encubriendo runones con pieles o plumajes y orquídeas al uso. Es cosa de mirar el ey enjuente cuando la cicatriz del alba lo cobija, la mano lívida que sobrevleva tan densos ademanes...

¡Dioses, mis dioses, milagros desolados ésto: Como si ya no fuera tiempo de quitarse topacios y flamares sin más, ¡Por qué no desherar el vocerío!

Pienso.

Hago cuentas, así de los trabajos Como de las heridas. Tierras ásperas de labrar y fecundar, en donde duelen surcos imposibles. Ritos por no sé qué ni quién, y un calor de sudor violento y mal pagado. Conviene sembrar los huesos en algún resto de lava no marchita, Y en mendos palomares le gurgante. A lo mejor coquecharnos le entoces la gula de vivir en cuerpo y alma.

—Vámonos a la playa, los niños están es-siempre? — dijo Marta, sonriendo a medias. —No veo por qué no podemos quedarnos tranquilamente aquí. Yo no puedo dejar a los niños.

—Vete con Luisa, — dijo Marta, sin ninguna agresividad. Y luego agregó, dirigiéndose a mí: —¿Quieres...?

—¿Vamos? — preguntó Rafael.

—Sí, — dije yo. —Vamos.

—De verdad me quieres venir? — le dije él todavía a Marta—. Fedemos llevarnos a los niños.

—No, no puedo esperar a Eduardo — contesté ella.

—Como quieras. Volvemos en seguida, entonces. Hasta luego.

Me tomé del brazo y caminamos hacia el coche.

—¿Adónde quieres ir? — me preguntó antes de arrancar. Adonde quieras. Da lo mismo. Podemos ir a tomar un helado o a la ciénega. No has ido a la ciénega todavía ¿verdad?

—No.

—Vámonos, entonces. Es formidable y a esta hora se ve fantástico.

—Esso es cuando el motor y antes de arrancar se volvió a mirarme verdaderamente por primera vez.

—¿Cómo está?

—Bien — dije, un poco turbado. Cuando regresamos, Eduardo estaba en la casa ya. Marta había estado con los niños y él estaba preparando una ceca.

Comprendí que era inútil insistir y así fulmoreé a la playa con los niños, esperadas de nuevo, y más profundamente.

Rafael llegó antes de que el sol se pusiera por completo y nos llamó a gritos desde la carretera, sacando la mano por la ventanilla del coche.

—¡Hikey!

Su sonrisa era simpática, y contagiosa, inclusive desde esa distancia, desde la que más que verla la intuía. Instintivamente, me miré las piernas y me alegré de haber salido decalcado.

Kensé que tal vez Marta estaría exaltada, abandonada de la misma manera y evité mirarla. Era extraño que no sintiera celos de ella, sino una cosa distinta imposible de definir, que partía de la suposición de que en principio algo de él le pertenecía a ella por derecho propio, algo que nunca sería mío y que quizás tampoco quería.

Marta se puso de pie después de mí y le tomó mecánicamente la mano a Eduardo, que estaba sentado junto a ella en el momento de llegar. Rafael, por ninguna de las dos no movimos antes de que él estuviera a unos cuantos pasos de nosotros.

—¿Qué soledad! ¿No? — dijo él entonces, sin dirigirse a ninguna de las dos en especial, y las dos sonríamos al mismo tiempo.

Luego, Rafael se inclinó para darle un beso al momento de que se incorporaba preguntó por Eduardo.

—Llega más tarde — dijo Marta—. Tenía que arreglar varias cosas de su papá y ver a no sé qué gente.

Rafael hizo un gesto indefinido y se volvió hacia el otro niño.

—Y tú, ¿no me saludas? — dijo, tendiéndolo en sus brazos.

El niño le dio un beso en la mejilla; con él todavía en los brazos Rafael se volvió entonces hacia mí.

—Hola.

—Hola — dije yo.

El volvió a dirigirse en seguida a nosotros dos.

—Estoy muerto de cansancio y además, aburrido, qué aburrido en todo. Déjalo al niño otro vez en la arena y síguelo: — ha hecho un calor espantoso. ¿Quieres que demos una vuelta en el bote? Todavía hay luz.

—Miró hacia la playa y se volvió hacia Marta, asombrado. ¿Y la lancha?

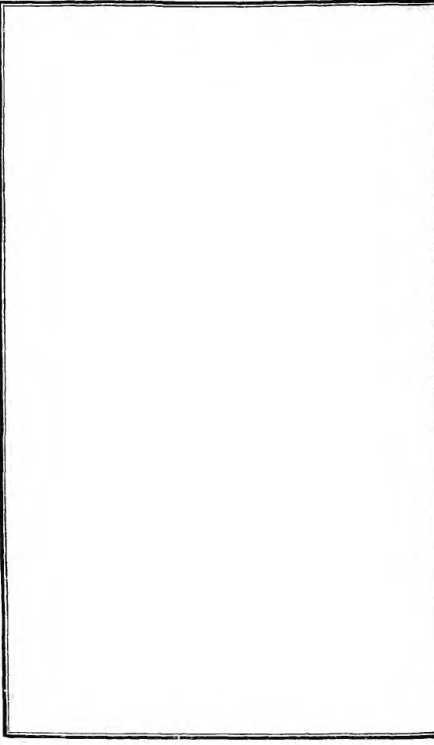
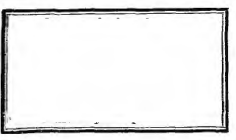
La subieron esta mañana Eduardo y Lorenzo. Decían que iba a haber noche, — dijo ella.

—¿Qué trifulca! Ahora va a ser imposible sacarla. ¿Está ahí Lorenzo?

—Sí — dijo Marta.

Rafael asió, dudó un instante y luego comentó, casi para sí mismo: —No tengo ganas de verlo. ¿Nos vamos a dar una vuelta en el coche?

—¿Tienes que estar haciendo algo



PIURA Y EL FORASTERO

Mario Vargas Llosa (paranuco)

● Al obtener en 1965 el premio "Biblioteca Breve" con la novela *La ciudad y los perros*, Mario Vargas Llosa comenzó de golpe a ser relevante en la nueva narrativa de lenguas españolas. La crítica celebró ese libro jubilosamente, decretando un premio en París donde trabajó para el redactor del *France Press*. Mario Vargas Llosa está radicado desde hace años en París donde trabaja para la radio y la difusión literaria. Ha publicado, entre su lírica natal, un conjunto de cuentos, *Los perros*, y prepara actualmente su segunda novela, a la cual pretende el título que publicamos.

Al cruzar la región de los sudados, el viento que sopla de la Cordillera se enfía y cuando llega a la ciudad se divide entre el cielo y la tierra como una desmenuzada voraza. Allí vuela sus entrañas: todos los días del año, a la hora del crepúsculo, una lluvia seca y fina cubre polvo de madera, que poco a poco se alisa, cae sobre las plazas, los tejados, las torres, los campanarios, los balcones y los árboles, y una tormenta de blanco las cubre de Piura. Los forasteros se equivocan cuando dicen que las casas de la ciudad están a punto de caer; los gigantes oscuros no provienen de las construcciones, que son antiguas pero hechas sinu de los albañiles, incontables proyectos minuciosos de susa al estrecharse contra las puertas y las ventanas. Se equivocan, también, cuando piensan: "Piura es una ciudad barata, triste". La gente se recoge en el hogar a la caída de la tarde para librarse del viento sofocante y de la acometida de la arena que cubre el piel de los animales, que se levanta sobre el suelo y llega, pero en las rancherías de Castilla, en las chozas de barro y caña brava de la sierra, en las granjitas de los campesinos de la Gallinera, en las residencias de peluqueros del Malecón y la Plaza de Armas, se divide como la gente de maqui que otro lugar. Barato, barato, cuando misa, balalaes, espaldas, un donado y melancólico de la ciudad desaparece en el umbral de sus casas, incluso las más humildes, sus frías vigas levantadas. Los sudados del río, al otro lado del Canal. La noche piurana está llena de historias. Los campesinos hablaban de apellidos; en sus chozas, sus casas, sus mujeres erentan chismes, degraças. Los hombres hacen cultos de chicha suya, aspectos vivos de apellidos. Esto es cuando y así sucede: los forasteros lloran cuando lo pueban por primera vez. Los niños se revuelcan sobre la tierra, luchan, apagan las galeras de la Galinera, fatigan trampas para las iguanas o, manóviles, sus ojos más abiertos, atienden las historias de los mayores, sus bandoleros que agreden, sus bandoleros de Catachay, Huacabamba y Ayabaca, para desvalijar a los viajeros y, a veces, degollarlos; mansiones donde pueban los espíritus, coraciones de los brujos, sus historias, sus historias que anuncia su presencia con ruidos de cadenas y gemidos; monteras que dividen a los campesinos de la región en sus ranchos. Los acceren el arnal en todas direcciones, buslándolos, embisténdolos en el seno de desconocidas polverosas, y cuando cazados y distintos, cuando animales, enrolan hombres a lazo y pagan todo con papeles que llaman bonos de la patria, monteras que todavía los desconocidos venían a visitar a Piura como un buracón de libetes, armar sus tiendas de campaña en la Plaza de Armas, a la sombra de los tamarindos, y buscar por las calles de la ciudad sudados cotidianos, sus historias, historias de desafíos, adulterios y catástrofes, de mujeres que vieron llorar a la Virgen de la Candelaria, levantar la mano al Cristo, suscur, furiosamente al Niño Dios.

Los sábados, generalmente, se organizan fiestas. La alegría recorre como una onda eléctrica la Plaza de Armas, Castilla y la Gallinera, las calles de la utilla del río. En todo Piura resuenan tonadas y pascillos, vases lentos, lo hueyos que balazan y estruendo de las guitarras, sus historias con los pies calzados, ágiles matuturas, tristes con fugas de tondero. Cuando la embriaguez cunde y cesan los cantos, el ruido de las guitarras, el trinar de los rajones y el llanto de las arpas, de las rancherías que abrazan a Piura como una muralla surgen sombras repugnantes que desafían al viento y la arena: son parejas jóvenes que se deslizan hasta el ralo bosque de algarrobos que emboscaban el arnal en la salina, hacia Salina, las primeras secundarias del río, las rancherías, los grupos que miran hacia Catacaos, las más audaces hasta el comienzo del desierto. Allí se aman.

Los corajes de la ciudad, los campesinos, los comerciantes que cercan la Plaza de Armas y se extienden hasta el Malecón, el Mercado y la Plaza Sur, cuando en las tardes, cuando el viento se calma, viven los hacendados, los comerciantes, los abogados, las autoridades. En las noches se congregan en las huertas, bajo las palmeras, se hablan de las plagas, de los sudados, del año el algodón y los cadáveres, de si entrará el año a tiempo y vendrá caudaloso, del incendio que devoró a los cerros de Chigra, de la peste de gallos del domingo, de la pachucones que se organiza para recibir al flamante médico de la zona, Miguel Zúñiga, de las historias de los sudados, donado e trabajo, en los salones llenos

de alombras y penebras, entre óleos ovalados, grandes espejos y muebles con fierro de damasco, las señoras rezan a el notario, negocian los futuros noviazgos, programan las recepciones y los fiestas de Beneficencia, se surtan las obligaciones para la Procclesia y el adorno de los altares, preparan kermés y convulsos los chismes sociales, sus recuerdos en el periódico local, una hoja de colores que se llama "Ecos y Noticias".

Los forasteros ligaron la vida interior de la ciudad. ¿Qué detestan de Piura? Su aislamiento, los vastos espacios que la separan del resto del país, la falta de cementos, las languinas travasias a caballo bajo un sol abrasador y las emboscadas de los bandoleros. Llegan al hotel "La Estrella del Norte", que está en la Plaza de Armas y es una mansión descolorida, alta como las palmeras que rodean la glorieta donde se tocan la efémera de los domingos y a cuya sombra se instalen los mendigos y los lustrabotas, y deben permanecer allí encerrados, desde las cinco de la tarde, cuando breves de los visitantes, como la arena se posueña de la ciudad solitaria. En la cantina de "La Estrella del Norte" bebían hasta tarde, cuando se iban a dormir. Allí, dicen, no hay donde divertirse: la gente piurana no es mala, pero qué austera, qué diurna". Quisieran sentir que lloraban toda la noche para quemar sus galanes. Por eso, cuando parten, suelen hablar mal de la ciudad, llegan a la ciudad. ¿Y si uno hay gente más hospitalaria y cordial que la



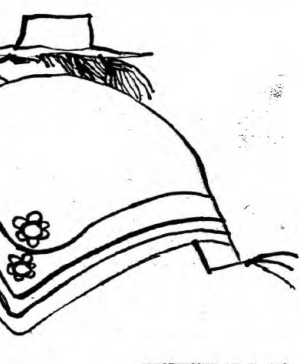
plurana? Recibe a los forasteros en triunfo, se los disputa cuando el hotel está lleno. A esos tratan de ganado, a los corredores de algodón, a cada cuando que llega, los principios los divierten lo mejor que pueden: organizan en su honor cacerías de venado en las sierras de Chubambas, los pasean por las haciendas, les ofrecen pancharacas. Las puertas de Castilla y la Mangachera están abiertas para los indios que emigran de la sierra y llegan a la ciudad hambrientos y atemorizados, para los loros expuestos de las aldeas por los curas, para los metaceros de burujos que vienen a teñir fortunas en Piura. Chibchas, aguateros, regadores, los secos familiarmente, comparten con ellos su comida y sus ranchos. Cuando se marchan los forasteros siempre lloran regales en las alforjas. Pero nada les contenta, llenan hambre de mujer y no soportan la noche piurana, donde sólo veía la arena que cubre el cielo.

Tanto deseaban mujer y diversión nocturna estos ingratos, que al fin el cielo "al diablo, al malidre achado" que llega, el alcalde Carriz y el alcalde gasta, y así fue que apareció, bullicioso y divolo, nocturno, la Casa Verde.

— II —

Una calurosa madrugada de diciembre arribó a Piura un hombre. En una mula que se arrojaba poco a poco, surgió un hombre joven, la guala del Sur: una silueta con sombrero de alas

anchas, envuelta en un poncho ligero. A través de la rejiza lur del alba, cuando las langostas del sol comienzan a reptar por el desierto, el forastero descubre el amanecer de la aparición de los primeros matorrales de cactus, los algarrobos calcinados, las viviendas blancas de Castilla que se apilán y multiplican a medida que se acercan al río. Por la densa atmósfera avanzó hacia la arena, que divisaba ya, a la otra orilla, reverberando como un espejo. Cruzó las montañas de Castilla, desierta todavía y, al llegar al Viejo Puente, desmontó. Estuvo unos segundos volteando las construcciones de la otra ribera, las calles empinadas, las casas con balcones, el aire cargado de granitos de arena que descendían suavemente, la maciza torre de la Catedral con su redonda campana color botón y, hacia el Norte, las manchas verdosas de las chacras que siguen el curso del río en dirección a Catacaos. Tomó las riendas de la mula, cruzó el Viejo Puente y, golpeándose a ratos con el fuste las piernas que debía tener entumecidas, recorrió el primer principal de la ciudad, aquel que va derecho y obsequito, desde el río hasta la Plaza de Armas. Allí se detuvo, aló su animal a un tamarindo, se sentó en la tierra, bajó los alas de su sombrero para defenderse de la arena que acerbaba sus ojos sin piedad. Debía haber realizado un largo viaje: al sol, el extremo tormente. A su lado yacía la Plaza de Armas, estaba llena de curiosos; miraban, asomaron a la Plaza, entornada iluminada por el sol, el extremo tormente. A su lado yacía la Plaza de Armas, estaba llena de curiosos; miraban, asomaron a la Plaza, entornada iluminada por el sol, el extremo tormente. A su lado yacía la Plaza de Armas, estaba llena de curiosos; miraban, asomaron a la Plaza, entornada iluminada por el sol, el extremo tormente.



ILUSTRACION DE R. SABAT

se subieron a la glorieta para verlo, otros lo observaban encaramados en las palmeras. Era un hombre joven, alto y atlético, de hombros cuadrados, una barbilla enorme, los ojos azules y las manos sin botones dejaba ver un pecho lleno de músculos y vello. Dormía con la boca abierta, zombando suavemente, entre sus labios resaca asomaban sus dientes como los de un mastín, amañillos, grandes, carniceros. Su pantalón, sus botas, el descolorido poncho estaban en jirones, sucios, y le mismo su sombrero. No Be armado.

Al despertar, el hombre se incorporó de un salto en actitud defensiva: bajo los párpados hinchados, sus ojos escrutaban llenos de zozobra la multitud de rostros. De todos lados brotaban sospechas a la montura, un silencio se abatió como un río hasta él a empellones y le alcanzó una calabaza de agua fresca. Entonces, el desconocido comenzó a paladear el agua con un cucharillo, los ojos aliviados. Había surgido un rumor, mucho creciente, tanto paguaba por conversar con el recién llegado, lo interrogaron sobre su viaje, lo acompañaron por la urtera de la mula. Él reía ahora a sus anchas, estrechaba muchas manos. Luego, de un trón arrebató las alforjas sujetas a la montura, puso un pie sobre el fuste de un hotel, rodeado de vestros solitarios, cruzó la Plaza de Armas y entró a "La Estrella del Norte".

POR EL RUMBO

● Nacido en México en 1924, distingue a Rubén Bonifaz Nuño una aguda entona y un profundo e interior conocimiento del oficio poético como gruesos sus grandes libros: *El manto y la corona* (1958) y *Fuego de polvos* (1962). Tiene un enviable conocimiento de las letras clásicas (tradujo impecablemente las *Gedecias*) así como de las lenguas indígenas (ha traducido poemas xahual), y a la vez una atenta curiosidad por el lenguaje del pueblo, lo que le ha permitido componer una poesía para todos pero en el más alto y refinado nivel.

POR el rumbo del sol cuando amanece,
al lugar donde ardiste has regresado.

Ataviada de fulgor y estruendo,
por el cuádruple golpe precedida
del ruido con que tañe,
agujereando el campo, la pezuña.

Toda copiosa lámpara y hierro.
Y vence el derrotado, y resucita
la nación conquistada, y se derrumban
—el prisionero en libertad— las rejas.

Puerta espacial de la esperanza, término
del Camino sin vuelta que clausuran
en mis hombres tus brazos.

Hablando a soles como si cantaras,
como si todo te aguardara, ordenas
tu lenguaje de risa silenciosa
y haces de nuevo tu labor antigua.

Y juntas a tus pueblos en dulcísima
perfección de mazorca o de racimo,
y das la ley y el rostro de tu rostro
a mis cosas dispersas. Y meduras
con el principio de la gracia.

En verdad has venido, y alumbrando,
resplandeciente bajo el hierro en sombras,
blanda en tus armas rígidas, de cera
bajo la llama insomne de la frente,
ejerces tu materia victoriosa.

Bien instalada reinas; bien nacida
entró vez en tu casa, permaneces;
con gran fatiga llegas a tu casa.

Yo, el vestigio —no más— de mis abuelos,
de mis señores grandes, te recibo.

ODA A LA BUROCRACIA

María Elena Walsh
(argentina)

MONSTRUO de las legales delincuencias,
yo te venero con papel sellado.
Solicito tu lágrima de lacre,
llorar de otros digo en antesalas,
enloquecerme el 8 del corriente,
pensar en tu rocío de estampillas.

Pisas un alba de café con puchos,
de primavera decretada. Tienes
sobrinos calvos, guardapolvos grises,
peluca consular, risa de fieltro,
un gusto a secretaria amortiguada
y la encuadernación de la agonía.

Amo tus Direcciones Nacionales,
tu tímida Inspección, tus Ministerios,
la palidez de tus escribanías,
la flora de subjeses, el otioño
de tinta muerta que traspasas, todo
lo que sucede al pie del expediente.

Acoges a los pobres en la seria
sombra de tus primeras providencias.
Con alta estima y consideración

los petrificas en tus corredores,
con el objeto de acordarles una
interminable cara de escarmento.

Siempre nos faltará un certificado
para morir, para cobrar el cielo.
Nunca podremos ver gratuitamente
la cédula de identidad de Dios;
ni hallar, sin tu magnánimo permiso,
nuestros legajos en el Purgatorio.

Monstruo oficial, la que suscribe anhela
vomitar un infierno taquigráfico,
caer de Remington en tus rodillas,
legalizar su verde aburrimiento,
impeetrar tus puntuales almanacos
y la fatalidad de tus teléfonos.

Y que un día le otorgues el delirio,
la fichada emoción de tus archivos;
que la autorices a obtener un alma,
a constatar su número de cuerpo,
a pudrirse a tus pies debidamente
legalizada por la policía.

● Nacida en Buenos Aires en 1930,
se justifica que diriera su primer
libro, *modelo de poemas suabros*,
Ototoño Imperdonable (1947).
Tenía entonces 17 años, y José Bona
Jiménez la confirmó, una de
las mejores poetas de América. Pu-
blicó *Aparcecielo* (1948), *Bolitas*
con Angel (1951), *Cada milagro*
(1958). Vivió años en París, forma-
do, con Leda Valladares su más ínti-
mo colaborador, a su país, se
consagró de preferencia a la litera-
tura infantil, dando a conocer dos
piezas teatrales de enorme éxito:
Canciones para mirar y *Doña Ben-
Zúco*, así como un libro de poemas
para niños: *Tatá Mamabá*. Con res-
pecto a su poesía, el crítico A. Ro-
giano ha hablado con exactitud de
"esa sensación de magia y encanto
nuevo de un lenguaje nunca oído".

UN SUEÑO EN OTRO

● Afuera soplaba dulcemente la brisa, tableteando entre las largas hojas de la palmera centenaria. Guardiana de las casas se erguía al valle en lo que tal vez antes fuese jardín, pero ahora apisonado patio. Tableteaba jugueteando el viento, cálido, pesado de aromas, rondando y tocando con sus dedos leves a la palmera semidormida como si quisiese despertarla y acariciarla en medio de la noche. Y su aliento era tibio, sigiloso y sostenido como el de un amante.

ES el viento en la arena. Las dunas... la carpa... la noche... las lonas apréndanse, definiéndose sin lograr alzar el vuelo... Y la arena, su balbuceo interminable, confuso... Y él... yo y él... yaciendo juntos, abrazados y no obstante como si judesemos dos hermanos... noche a noche todo el largo verano... mi cabeza en su

El estremecido batir de alas penetraba a través de las ventanas abiertas y venía a rozar con levedad las frentes pensativas de las dos mujeres sentadas ante la mesa servida, a los platos intocados —la madura y la adolescente—, imbuyéndoles oscuros deseos, desazonas nacidas en algún rescoldo de su piel, antena más sutil, más rápida, menos olvidadiza que la conciencia. Ambas estiradas ahí, mudas y absortas, mecidas por la ingrátida caricia y el aleteo susurrante de la palmera.

che misma, yo, parecíamos integrar una flor inmensa, palposa, cálida, palpitante y húmeda que se ebriera languidamente... Fue entonces cuando supe... pero no aún. El agua dormida a mi lado y afuera, en las dunas, ... había algo una emoción fría, casi cruel. Desde dentro de la carpa no se veía la luna, sólo su luz blanca, desnudando, ba-

● Ricardo Lathauz incluyó uno de sus ensayos en la obra *El día Hispanoamericano*, cuando María Jara publicó su nombre desaparecido de la *Revista* la obra de sus amigos *El Valle de Dios* (1949) que mostraba una honda transformación del ecollino. Suena, en 1962, revelado al narrador en una cronista más desgraciada, andas, monumentos de serrallona. Nacida en Talca, en 1915, ha sido periodista afece en Europa. María Jara cumplió una labor literaria así sencilla, alejada del mundillo. Desde antes de Surazo venía trabajando en una novela del tiempo y la angustia, de la cual se conocer aquí, por primera vez, un fragmento.

fando la duna. Me pareció de imprevisto un paisaje sin vida y sin peso; hasta el mar dejó de oírse y en ese instante el viento cesó por completo y la arena dejó de redoblar. Fue una sensación extrema... de congojo, de frío. Me estreché a él. No dormía. Y él estaban otra vez el viento y la arena y el lejano arrullo arragante del mar y de nuevo la noche comenzó a llover sobre una sola, grande y carnívora flor... Lenta, dolerosa, gongonamente me abí y mis entretijos palpitaron y abieron... juntos, al unísono... con la noche y con él.

Detrás de las dunas, el mar apaciguado, queda y blandamente con lentid acuritiba. Lomía la playa. Respiraba anegada la noche y el viento susurrando entre las lonas, aquietada, tendida con fatiga sobre la arena. Me dormí.

Algo me despertó. Miré hacia afuera. Un paisaje estático, frío, ardeado, se delante de la carpa. Las dunas, las colinas montuosas, traspasadas, somnolivas, porazaban muestas, olvidadas... Un perno... un perno sin vida, en suspenso, agobinado, yerto. Supe acurtonmente que algo malo que se me estaba atufia, gravitaba en esa atmósfera lejar. No pude soportarlo y me incorporé. Un haz de luz me cayó desde el cielo y el grito se derramó por entre las lonas, ahucándose bajo la luz helada, inconmovible.

—¿Qué le sucede...? Dime... por dime...

—La luz, la luz... me cayó.

—Fue casual auto con sus foros. No lo ves? Viene gris, dejando la colina. En el cambio, lo ves?

—No. No fue eso. Antes yo... estaba ahí, afuera. Lo sentí. No lo escuché. Fui ahí.

—Fue así. No se ha detenido. Cerrina sobre las dunas. Escucha.

El viento reposa bajo los ahucos lánguidos de la palmera. La noche permanece callada. Ni un murmullo la conmueve. Sólo muy lejos, sin alzar el silencio, el rápido rizo del galope de un caballo —da la sensación de penetrar en el vacío, fuera del tiempo, como si girase en círculo sin aproximarse, se ni alejarse—, martillea insano, remoto e irreal.

Tan distante y sin tiempo como el sordo batir de los cascos, está la voz de Agustín: —Ole! Ole. No sé por qué me siento. Olé! Olé! Y la última palabra se quedó dando vueltas, revolviendo a los cascos. Un sueño en otra noche. Cegó su ritmo ahucando y ha el perderse en la orilla invadible de la noche.

Se tocó el cabello duro y corto, animada y dijo a media voz: —No, no sé, siempre aquello extraño pasado en mi aurícula en manencia lo observo.

—¿Qué? ¿Eh? —preguntó Matilde sin intente y casi sin darse cuenta. Durrús plantó las acestimas y el queso.

—Paró... suspiró... iría, sí. Y su pensamiento si Manuel había envuelto el bicho.

Eloisa no respondió. Ni siquiera la oyó. —Sin embargo, volvíramos a chapotear en el mar, a tamborlear en la arena bajo un sol calcinante. Hasta que...

Al siguiente verano, en el mismo lugar, una vez más, aquello vino e lucarme. No lo reconocí. Hubo de voye e mi alrededor, seguarme, asegurarme el régimen mediodía, pasar sus dedos en mis hombros, inquietarme, para que lo reconociera. Me siguió toda la mañana como un perro sordo y curioso que observa desde cierta distancia. Cuando iba a la playa e bañarme, me sé por qué, cambié de rumbo. Cuando al azar por las dunas. Me sentí extraña y triste. Yo, tan alegre. Tampoco esta vez me dirigí a la playa. Fui sólo por un sendero que subía al acuritiba. Desde allí, miré hacia abajo. Entre las rocas no había espuma ni resaca.

UN SUEÑO EN...

(Viene de pág. anterior).
 ¡Lo acompaña, yo! ¿Estaba segura? ¿Lo vi hacerlo, acaso? ¿No estaría en pecado mortal? Me miró con aire de duda. Yo respondí y le menté. Me fatigaba y sentía náuseas. Repetía siempre lo mismo pero no comprendía: "Si, castíjamos a misa cerca de mi casa. Constatáramos juntas. ¿No lo había, eh? Si, a los Capuchinos. ¡Ah, tanta de mí, siempre confundida, ella te razón, los Mercedarios! Estaba completamente segura. Si, podía preguntarlo, seguro que no recordaría la cura alta, fisco. No recordaba el nombre". Me quedaba vacía. Asqueada y vacía. Porque ya, yo no era yo ni él, él aprendí a no pensar en el mundo, habíamos, simplemente no pensaba en el. Conversemos de algunas a quien nunca conocí. Así lograba llegar al fin del día, y al siguiente... ¿cuéle a comenzar... ella, había escuchado "en esa parroquia no había ningún cura alto y fisco...".



LOS OJOS

FRONTE a las luces del semáforo se detenían bicicletas, buses, triciclos y tranvías, éstos usados sólo en aquella parte de la ciudad. La poca brecha no era mayor allí que en otros lugares pero el aspecto general cambiaba notablemente. Mas casas de té y vendedores ambulantes, numerosas tiendas con pequeñas vitrinas, más movimiento y animación. A la avenida salían innumerables callejuelas que se abrían, a veces, bajo pesadas arcadas de color rojo laca o bajo puertas laboriosamente trabajadas.

—Este era el barrio neoclórico de Pekín antes del triunfo revolucionario. Por estas callejuelas populaba la más variada clase de gente. En la puerta de los burdeles se colocaban los retratos de las mujeres, especificando nombre, edad y características. Aquí se podía conseguir y usufructuar de todo, acentuándose esto a medida que se acercaba la distancia con el llamado Puente del Cielo.

—“Estamos cerca del Templo”
 Clara olvidaba la ubicación por ha-

ber llegado en automóvil hasta el momento y por la absoluta diferencia entre el espíritu de aquel sitio y la atmósfera de éste.

—Para mí es el lugar más hermoso de Pekín, continuó en voz baja, —la suprema armonía, el simbolismo armonizado. Me parece ver su techo azul el mármol blanco y el rojo de las murallas, matizados por el extraño verde de sus árboles.

Tulio preguntaba a una viejecita la dirección exacta de una calle. Atre-

—“Ah, padre! Y yo no dormía (tú sabes) y cuando conseguía hacerlo, sufría el mismo sueño: “El, no volvió esa mañana. Nadie más que yo lo vi. Alguien, en el último momento cambió su turno con él. No pude verle el rostro. Intercambiarlos algunas palabras gritando bajo el estruendo de las hélices. El avión despegó y él —tenía una toalla enrollada al cuello— se alejó corriendo por la pista, cogió otro aparato y despegó en dirección opuesta. Nadie más que yo. Nadie lo supo. Nadie más que yo. Fue así de simple y rápido. Un día estuve a punto de contraerlo a doña Elena. “Eloisa, tú sabes que no es cierto”, “Eva o no era cierto? El, regresaría. Entráramos almorzando... y, de pronto, efectivamente, sonó el timbre. Aparté mi silla, me alecé y miré hacia la puerta: “ahora iba a entrar”. Los ojos me observaban. Me di cuenta de ello. Nadie entró ni siquiera la nuca. No sé si me despedí. No lo recuerdo bien. Fue después de ello que te dije: “Dame dinero, préstamelo, tengo que irme, no puedo seguir aquí”. No me preguntaste nada, simplemente me lo diste. Cogí mi bolso y mi perro y me fui lo más lejos posible del mar, a tierra, a lugares que no me lo recordo. Volví a los lugares de mi infancia, me corté el pelo —se lo tocó— y volví a la cordillera, pero no estubo, como antes, como cuando niña, volver a ser feliz.

Sin paladearlo, tragó su vino.

Las ventanas se hallaban abiertas. Un perfume dulzón inundaba el dormitorio.

—No las cierres, Matilde. —Su voz pastosa se arrastró sofocada y lánguida: —Cuando yo era chica, en el verano, la casa oía así. El olor era tan espeso que a veces me desvelaba. Son madrecesivas, ¿sabes? Papá solía sentirse rebolear desde su cuarto y me preguntaba: “¿Qué te sucede?” “Desvelada, desvelada” — respondía yo. Me gustaba la palabra, ¿sabes? — “¿Qué desvela a mi linda princesa?” “La fragancia de las madrecesivas, mi señor. — La voz se diluía, cada vez más débil y atenuada. “¿Qué puedo hacer para que mi brisaca se duerma?” “Dejarme que le coja a Ud. un dedo, mi señor”.

Matilde no se atrevió a retirar la mano. Bajo la suave luz de la luna permaneció pensativa junto a ella. La palmera volvía a entrecogerse a la brisa y, en algún punto distante, los cascos indómicos de un caballo galopaban en círculo. El rumbido de un motor comenzó a subir lentamente la cuesta. Matilde supo que Eloisa, aún entre sueños, escuchaba. La sintió ponerse tensa y, de pronto, lanzó un grito, se tiró y corriendo saltó a través de la ventana.

—“Oh, Dios mío. Eloi, Eloi, espera! Desde el corredor —apenas si una sombra blanca bajo la luz lechosa— la vio correr, segura y veloz, saltando por encima de las matas y bajar la pendiente del jardín. No entendió lo que gritaba. Hasta que la vio detenerse, súbitamente y caer de bruces, fulminada. Casi enseguida estuvo junto a ella.

—“Eloisa, Eloisa, dime, ¿qué pasó?”
 —“Cayó... Fue aquí, pero no hay nada, nada.”

—“¿Qué...?” —se interrumpió. Los ojos muy abiertos e hijos, sin poseer, parecían traspassarla.

—“No, querida, estás soñando. Ven, vamos.”

Docil se dejó conducir. Su paso era ahora vacillante. Dijo: —“No. No sueño. Te digo que lo vi. Estalló en el aire y cayó. Una muerte de rugido sollozante no humano, la abió, levantando un eco placífero que se propagó, elevó y sostuvo en torno a los ranchos y a lo largo del camino hasta mucho después que Matilde la hubo acostada.”

EFEBAB

Mercedes Valdivieso (chilena)

eran la avenida y tomaron un callejón angosto que se abrió de pronto, en un túnel ya preparado en gruesos varales de personas surgidas de numerosos pasillos sin techar. En un rincón, sobre un pedestal de fondo que representaba el Palacio Imperial o sobre una moledradora o cortadora, un carro del barrio. Yo vestaba niños, parejas, hombres y mujeres a su costado, una muchacha vendiendo ya preparado en gruesos varales de vidrio; más allá, en el suelo de tierra, peñetas, cajas horquillas, collares de cuentas y fotografías de aquel soldado del cual hablaba Vicente. Túlio se inclinó y leyo para sus compadres en voz alta.

—Aprendamos de su ejemplo. Los dos fotógrafos mostraban al joven cogiendo la ropa de un compañero. Se venían un tractor, enseñando a leer a unos niños; bajo la escena, leyendas y canciones.

La pasión de aquellos extranjeros motivo espontánea sorpresa entre los concurrentes. Varios niños seguidos de sus padres acercaron a observarlos y alguno aventuró su manita para tocarlos. Tanto les llamó en pedones y la sorpresa fue en aumento, alegre y cordial. Echaban un vistazo a esos muñequitos, a esos muñecos tan poco usuales, de falsas uñas y ajustados pantalones la otra y se marcharon con los ojos en el suelo, este rincón lugar, hace cinco minutos, ningún extranjero, incluso pingüinos, había sido al barrio, podía a pasearse sin correr el riesgo de robo o pederastia. Aquí se congregaba el humilde, los campesinos y a señalar el rostro de la mujer y la tetera de agua fría al alcance de su mano.

—Hay que recomplanar por ésta. Preparé la máquina fotográfica, el flash y disparé sin moverme de su asiento. Varios espectadores se volvieron al teatro, a oír los actores continuando imperterritos. Al cabo de un rato abandonaron el teatro y se fueron a buscar a otros personajes que se internaba por un pasillo al cual daba un galpón y un comedor. Los hombres luchaban el catch con apatía, los niños pequeños daban gritos cortos. Rapados, grandes y fuertes dentro de sus chalecos acolchados buscaban la ocasión oportuna para dar un golpe por tamaño, mientras se observaban fiamante. Fuerzas vivas sacaban cada uno un comedito al espectáculo ora a base de truco y efectos acogidos por aplausos y ruidos entusiásticos, como si fuera eso, precisamente. Lo que más celebraba. Terminaron de luchar y se fueron hasta el pión de la salida. Panny arrojó también algunos centavos y sus amigos la imitaron, cuando uno de los atletas llamó con una mano a un par de guarda. Se detuvieron asombrados y el hombre avanzó con el brazo en alto; en el fondo, los niños habían resido todo el dinero arrojado por ellos.

Clara miró nuestro lanzamiento, tan hermoso como ordinario, que nos haba en una decidida pero amable y respetuosa actitud, cambiando años y frescos con Túlio.

—Nos ruega aceptar la devolución... somos sus huéspedes. Clara quería llamar a Wang Te-er. ¿Te imaginas su cara en estas correrías? Dijo riendo Fanny.

—Hay que entenderlos, se sienten disminuidos frente a ciertas escenas y a esta gran pobreza. No todos, si no precisamente aquellos de extracción campesina; llenan que es un trago demasiado fuerte para la mayoría de nosotros. Lo he oído comentar así en Bellas Artes y aún entre los chinos. Un pesado olor a fritura salía por las puertas y ventanas de un restaurante, trayendo clientes que se agolpaban a comprar unas especies de anchas tortillas, con dinero y copones.

Otra colección, otro espacio de tierra y en el espacio un hombre que sostenía y se movía frente al público, un conejo apartado por las orejas. Unas cuantas banquetes encendaban el lugar, donde se acomodó y quedamos como pañado de una mujer y una niña. Como les sucedía siempre, pronto les facilitaron acomodarse y quedamos los tres sentados casi en el mismo escenario. La utilidad de los animales fue pública, una mesa casi desmenujada, un barril, sombreros, jaulas, ratones blancos, palomas, trapos, agua de la tetera, un conejo a cargo de la mujer y la tetera de agua fría al alcance de su mano.

—Y el conejo todavía en alto, esperó que ellos se instalaran y luego sonó el timbre. Detrás del barril había al final, dos golpes, un llamado a los espíritus y el barril estaba de nuevo, vacío. Murmullos de admiración y respeto, guindas, botellas, calabazas, tarros y frutas, extraídos de un viejísimo grupo de ya que se iban formando debajo de un pañuelo ya sin color, un gran charco de porcelana lleno de agua y peces, gestado en un simple trago rojo.

—Yo también había contemplado pruebas de prestidigitación realizadas con limpieza y maestría serenas, solo si ellas sonaban a un juego de cartas, corintinas, luces o telones. En el pequeño escenario de tierra actuaba un verdadero artista, de un talento y dominio escénico rara vez destruido por ella tan sin artificios. Vestido a la china; pantalón acolchado, zapatos y ligera casaca de algodón, de algodón también, arrojando sus dísticos con ruido en los dientes, invocaba a los espíritus estridendo los brazos sobre la cabeza de los asistentes y luego, el espíritu, blancamente depositado en el hueco de su mano se deslizaba hacia la mesa para transformarse en pez, ratón o paloma.

Y luego cara al público: —Bien, ahora dos centavos; ¿qué más sirven dos centavos? Dos centavos se pierden, se arrancan de los bolsillos o se arrojan al suelo. ¿Qué más sirven dos centavos?... Las monedas salían sobre la tierra formando a su pies un cerco brillante. Clara no se atrevía ya a tirar dinero, pero sí a arrojarlo. —¿Qué más sirven dos centavos?...

Los tres sacaron algunos billetes y los arrojaron sobre el escenario de los zapatos. Brilló alegre el oro en los dientes y la niña corrió a recoger el dinero, que se deslizaba entre las manos unos minutos y la gente comenzaba a reír. Clara pidió a Túlio que detuviera al viejo para interrogarlo, pero aquél captaba el momento oportuno para la multitud. Alcanzaron a lanzarle una pregunta: —¿Cuánto tiempo lleva actuando? Y su respuesta antes de extermarse: —Cien años.

Las palabras quedaron sonando en el

LA LLOVIZNA

Amelia Biagini (argentina)

● Un solo libro. Le llamo, demostraré hace cómo la calidad de un lirismo de tono bajo, subjetivo, con un aire demandado y una visión extraña y precisa de la realidad. Amelia Biagini, que puede inclinarse a la generosidad erasmiana del 40, ha colaborado en diversos diarios y revistas de su país, con entregas de poesía siempre breve y especial.

YO, con la vaga frente en la balada y el talón en el musgo de los siglos, yo, que inventé el otoño lentamente, y gris y lentamente soy su vino, yo, que ya agonizaba cuando el hombre me amó para nombrarme: la llovizna, yo, que cruzando su durar lo nubló de eternidad y de melancolía, yo, que debo medir la soledad entera, y desandar todo el recuerdo y más, y gris y lentamente el día señalado अपjar el fin del tiempo, yo, a veces, mientras lino tristes mármoles y heribundo amantes, pienso que en la tierra no existe, que tan sólo voy cayendo, así, de la nostalgia de un poema.

escenario. Cuarenta años. Cuarenta años haciendo pases y viviendo de la magia, trasladando tal vez, sus números de un lugar a otro en medio de la alegría de un pueblo que gusta de ese juego con toda la fuerza de su cultura oriental, profundamente mágica. Actuas cuya maestría, entrenamiento y perfección se forma en el silencio de la

qual dependía no sólo el sustento, si no la propia existencia cuando la exhibición frente al Emperador o frente a los señores de la tierra. La magia relacionada a todo el mundo primitivo y feudal, entrelazada a los números, las horas, los perfumes; a la religión, sus ritos y sus símbolos.

NOVELADES

André Gide: DIARIO (1888-1949) Sobre decir el interés que ofrece el Diario escrito por una figura como André Gide a lo largo de casi décadas que han transformado el mundo. En sus juicios, reflexiones e introspecciones, el escritor se revela como un extraordinario descubridor de sí mismo y del alma humana. El Diario, traducido por Miguel de Amilibia, va seguido de un Índice de personas y obras citadas. Es un tomo de 1.500 páginas en papel biblia, lujosamente encuadernado en piel. Contiene, además, dos fotografías del autor.

Pablo Neruda: OBRAS COMPLETAS

Segunda edición aumentada con Tercer libro de las odas. Estravagario. Navegaciones y rejas. Cien sonetos de amor. Las piedras de Chile y Cantos ceremoniales. Cronología de Pablo Neruda y bibliografía por Jorge Sanhueza. Tomo de dos mil páginas profusamente ilustrado y encuadernado en piel.

Rafael Alberti: POESÍAS COMPLETAS

Por primera vez se publica toda la producción poética de Rafael Alberti en un único, cuidado y lujoso volumen de más de ochocientos páginas. El tomo está completado con un índice autobiográfico y una bibliografía completa, compilada por Horacio Jorge Beco. Encuadernado en piel.

Miguel Hernández: OBRAS COMPLETAS

Toda la obra, tanto la inédita como la ya publicada, del gran poeta español. Mil páginas de papel biblia, con índice de primeros versos. Apéndice bibliográfico por María de Gracia Hach. El tomo lleva numerosos fotografías del autor, reproducciones de postales de las primeras ediciones de sus libros y de manuscritos. Encuadernado en piel.

León Felipe: Toda la OBRA COMPLETA del gran poeta español

● Con La brecha (1961) Mercedes Valdivieso se reveló en el ambiente literario latinoamericano provocando escándalo. Una novela feminista que hablaba sus rencores de la situación de una mujer que abandona marido y hogar y explica en posterior vida independiente. Finalmente Abrega la presenta. El libro, que se edita en un volumen complejo de toda una gran familia terrateniente en el trazo de su intensa destrucción, Mercedes Valdivieso residió un año en Pekín. De allí procede el ambiente y los personajes de su tercera novela, La casa de los dos, un libro personalísimo. El Apéndice que publicamos.

EDITORIAL LOSADA

COLOMBIA BOGOTÁ - TELÉFONO 37244 - BOGOTÁ

EL INCENDIO



• *Introducción sin La casa del Ángel, novela que observara al premio Enxeré de 1954. Beatrice Guido abandonó sus estudios de filología (que perfeccionó con Guido de Regio y Gabriel Harsanyi) para comprometerse melancólicamente a la literatura. La novela, Fuera de la tumba y La mano en la trampa (1952) son los hitos de su producción, así que tuvo una gran difusión mayor a través de las adaptaciones cinematográficas más o menos de calidad. En 1953 publicó una novela, sentimentalista novela de la casa de Hatos, su novela más leída. Beatrice Guido viene trabajando en otra, El asesinato y las vísceras, así como pertenece al septeto argentino-uruguayo que aquel año comenzó. Dos lecturas (17 de octubre de 1952 y 16 de abril de 1953) permitieron situar al mismo nivel de la novela "el incendio" del Jockey Club. Cuando esta libro se llamaba todavía "Nuestra edad", Beatrice Guido la definió: "Ad más "Fin de Fiesta" terminaba con la creación del personaje, "Nuestra edad" continúa el retrato de la desintegración de una familia aristocrática durante la disolución, una familia de terratenientes que sacrificó a favor de sus miembros favorecidos a aceptar un cargo diplomático del régimen, para evitar de ese modo la emigración de sus campos".*

L A orden fue precisa: a las diez de la mañana en el departamento de Salmon Fajos en Calles al 1500. Tres hombres llegaron al mismo tiempo en que abrían la puerta. Pablo Alcobendas escuchó que la mujer decía:—Soy la madre. Celia Salmon. Penetraron en un gran living, y frente al busto de piedra compracido que la mujer era la madre de aquel muchacho, que, desde el albamio de una empinada escalera, le gritó:—No olvidés... Viejo. No olvidés... Ahora la madre estaba allí sentada frente a ellos con las dos manos sobre la falda y los ojos bajos.

—Después cuando baje el portero subirán a la terraza. Desde allí verán el patio de la comisaría 17 y recibirán la señal. Sin moverse de su asiento abrió un pequeño armario y les ofreció un cognac. Miró el busto de su hijo, y dijo:—Tenía 16 años. Alguien mira el reloj. La mujer, o la madre, dice:—Dos subirán a la terraza. ¿Quién es Alcobendas?—Yo... (el que vio morir a su hijo — quiso responderle —) pero, ella ordenó:—Váted, ante la señal que verá desde allí — y señaló el jardín interno,

un jardín colmado de helechero, endreredas, cactus y gomeros—, deberá ponerse en marcha. Estamos exactamente a un minuto, a paso de hombre, de la comisaría. Lo demás ya lo saben mejor que yo... Dios los proteja. "Ya voy a encomendarnos a Dios", pensó Pablo, "nadie, nadie en este barrio piensa en otra cosa. Nos va a traer mala suerte". No terminó sus pensamientos: como lo habían previsto, Praderé apareció desde una puerta lateral:—Ahora ya puedo buscar el coche. La guardia llegó a la terraza. El sonido del ascensor tardó una eternidad en detenerse, pero las cosas sucedieron ordenadamente: Pablo se encon-

tró en el jardín con la cabeza inclinada arriba, esperando la señal. Después sucedió lo que había estado esperando desde hacía mucho tiempo: la señal, el no pensamiento, la no búsqueda. Quizá el éxtasis, quizá el mismo trastorno de una realización instantánea el apremio de la acción, las opciones a todo lo que había hecho los llevó a un momento de silencio. Un minuto hasta la 17. Algún día hecho la señal: un guardia de la 17 ha señalado que sale el celular, y dentro del celular, quizá sentidibchos, Schifano y Didjovani; los trasladan al "buzz" de Las Heras. Si los "aparatos" funcionaron bien ya habrán cantado, o quizá, si los llevan de nuevo es porque necesitan otro mes de amonadora. Entre la señal que aparece en forma de una piedra que cae al jardín a un minuto de tiempo que le han dicho dista la casa de la comisaría, le sobran 19 segundos para llegar a la esquina de Las Heras. A pocas pases de distancia lo siguen las dos personas que llegaron con él, al mismo tiempo; también han descubierto el coche de Praderé, un MG, frívolo y deportivo. Avanza lentamente; todo está en orden. Pasa delante de la puerta de los coches de la 17; escucha cómo se levantan los cerrojos. Da marcha atrás y simula olvido, vuelve sobre sus pasos y se detiene frente a la vidriera de una tintorería. Cuenta hacia diez y avanza. Las puertas, ahora abiertas, permiten el lento avanzar de un coche celular. Asoma primero sus guardarríos plateados y después la masa informe, casi animal, de su carrocería. Titubea. Escucha una voz que le grita: ¡Avance! Y él avanza, pero también con él avanza el cambio. Cabe la, al cruzar, la precisa distancia para darle tiempo al celular a entender sus ruedas. Siembra la respiración en su nuca de quienes dependen de él para actuar. Grita con todas sus fuerzas. No té-

SIETE POEMAS

Juan Gelman
(argentino)

No me quiero plantar en el malpe fatuoso de la vida o jugar a ganar o a perder sino perder para ganar o sea ganar para perder tu rostro suata que canta en la mañana y ya te voy a sufrir por ejemplo

tanguito

gasté tanto papel en nombrarte apenas invocarte que hablo de ese papel: no por ti no por mí sino por los pájaros que habrán cantado como la mañana en tu rostro y amaron en el árbol que dio tanto papel

gastos

ama de la noche

Un ojo me como panes dorados y la luz que tienen o la madre que brilla allí espeta dulce abierta en su paz de hijo que alguna vez dejará en tus entrañas afuera llueve y al mundo está por hacerse pero no pides sino calentar la cocina desde mañana con la Revolución y todo es poco para tu cuerpo duro suave final

el extranjero

Con el cigarro encendido mi padre se paseaba horas y horas por la oscuridad del comedor entre las plantas del patio su mujer le decía "désjate de dar vueltas José" pero él no quería comer ni dormir ni detenerse se gastaron los pies una tarde se dio vuelta y cerró los ojos como un pajarito

vadarkablar

Es frecuente que un hombre se detenga a pensar en su poltro con un hombre que será destruido y ya está diseccionado en el agua en el aire en el agua sin ser vistos parecidos a tu doble persona es frecuente que un hombre se revise la frente

masacre de guerrilleros

Persegúenos como a bestias malditas con esa amistad particular que al perro siente por la presa acábica en los montes de Salta de Jujuy en el vientre de hijos que no virarán cayendo entre pianas violentas consejos otras viboras y todavía así gemármes de la noche nadie se ha terminado de morir nada dejará de alentar hasta el día del tráfimo final por fin hay muertos por patria

costumbres

No es para quedarnos en el caso que hacemos una casa no es para quedarnos en el amor que amamos y no morimos para morir (somos sed y paciencia de animal)

EL ESCENO PAJARO DE LA NO

● Jerónimo hizo chasquear sus dedos para llamar a las palomas indiferentes que picoteaban las baldosas del centro del patio. Pero no le hicieron caso. Continuaron ahí, bajo el sol vertical, ensimismadas en su cabalarío moroso, que no interrumpieron cuando la sirvienta cruzó entre ellas desde el lado opuesto del corredor para dejar una bandeja de refrescos junto al visitante.

JERONIMO le dio las gracias le cyó decir que su tío ya no tardaría y probó un sorbo de aguardiente. Luego se inclinó en el respaldo del sillón: el crujido del mimbre era grato bajo la sombra cordial de la madreselva que doblaba los pilares de estuco. A su regreso lo único que en su país no le había defraudado eran los fragmentos congresos servidos los viernes en la mesa de su tío, el Reverendo Padre Clemente de Ascoitia. Los congresos, naturalmente, lo que iba con ellos: el silencio remansado en esos patios ricos en agrados cuya toledad poseía una gracia evidente sólo para ellos que, como los suyos, estaban habituados a esos niveles de excelencia y hasta la charla de su tío, más política que mística, más mundana que eclesiástica siempre aliñada con picantes anécdotas de la familia —de esa familia a la que en último término todos ellos pertenecían. Jerónimo había emprendido el viaje de regreso para integrarse a ella y pertenecer por fin. Ahora, al cabo sólo de dos meses y a pesar de su tío y de los congresos y de la madreselva —a tal vez a causa de ellos— pensaba continuamente regresar al punto de partida, aunque fuera para arrojarse a las llamas que envolvió cuando se inclinó al dejar el vaso sobre la mesa, pero esta vez su ligero movimiento espantó a las palomas inconscientes, que volaron a continuar su charla encima de las telas.

La demora de su tío era inusual. Siempre esperaba a sus contertulios de los almuerzos de los viernes sentado en esa parte del corredor, con el diario de la mañana bien leído y su crítica de la última actuación del partido. Esta vez se lanzó antes que el invitado tomara asiento. El Arzobispo lo había dispensado de sus obligaciones sacerdotales, permitiéndole que cargado de achagues y de honores se retirara a una tranquila vejez de suñeros, criollo para morir, eventualmente, en alguna de las habitaciones de esa casa donde también como Jerónimo nacieron. Hasta los años no sus dolencias menguaron su sociabilidad. Todos los viernes a la hora del almuerzo reunía en el fresco comedor del sacerdote, en torno a la larguirria mesa cargada con peascas y mariscos, una distinguida familia masculina experta en relacionar las perturbaciones de la bolsa con los detalles del gabinete, duchar en parentescos, fechas y precios de propiedades pesceñas, dudar en argumentos pausados y comilonas a los que, aunque no fueran como ellos, desataban llegar a parecerseles. El rumor ciudadano decía que quien determinaba los acontecimientos políticos del Estado era la Juana Bentz, la cocinera de don Clemente, cuya caricatura solía aparecer en un reciente pasquin ilustrado, con el encarnizado de la oligarquía involucrando con su cucharón desconocida la olla rotulada con el nombre del pequeño país. Don Clemente reía comentando: "Ere si no son más que almuerzos de familia..."

Lo que era verdad, porque los parentescos y vinculaciones de los Ascoitia incluían todas las formas del poder. En el primero de estos almuerzos

que asistió Jerónimo, en medio del humo de los habanos soberbios proporcionados por Don Clemente, los caballeros, con sus chalecos abiertos y con una pierna cruzada encima de la otra le saludaron recordando a sus padres y sus abuelos, alegrándose de que después de diez años de ausencia se encontrara por fin entre ellos. Un ministro de barbiga campesana, cuba frente blanca arriba y tostada abajo acusaba la presencia consuetudinaria del sombrero patronal, dijo:

"Tu lugar está aquí, hombre. ¿Para qué iba a andar flojeando en Europa entre descreídos y degenerados, si aquí eres alguien que importa? Claro que sí las mujeres..."

Los comensales celebraron los apetitos proverbialmente insaciables del ministro. El se sirvió otro vaso de vino tinto y entre grandes bocanadas de humo calculó la edad de Jerónimo.

"Tu padre se casaron al final de la guerra en que recobramos las provincias del norte —lo recuerdo porque yo estaba en la frontera y no pude asistir al matrimonio. Tu padre murió en la revolución; yo era ministro por primera vez y usé la palabra en el entierro. Me parece estar viendo me muy serio encabezando el cortejo; tenía ocho años y todos comestábamos tu hombría. Y cómo no me voy a acordar que tenía veintidós años al irte a Europa, si yo una vez te ofrecí un cargo de secretario

en la cuestión de límites, con el fin de regresar? Ahí debas andar encima de la treintena..."

Jerónimo asintió, y para desviar la conversación que inodidamente iba su propia historia con la del papá explicó que su regreso se debía a la guerra. Los caballeros sacaron sus sillones y dejaron sus vasos, rozándose para preguntarle sobre Verón, y sobre las declaraciones de Clemente, pero el interés por estos asuntos decayó. La charla giró punto hacia las posibilidades de que un desastre en el Marne determinara un alza en el precio del vino, especialmente del blanco, robusteciendo así las expectativas del partido tradicional en las próximas elecciones. Claro que en cierta ponencia clave faltaba un candidato ascendiente verdadero sobre la mesa volante, un hombre con fortuna casi a su disposición a comprar lo que se daba; alguien, en suma que significara una fuerza real. Se bataron comen-



CARVALHO

ILUSTRACION DE CARLOS CARVALHO

● Nació en Santiago de Chile, en 1925, dieciséis veces por el mundo, fue profesor de inglés, fue periodista en España. En 1953 publicó cuentos, *Fronteras* (que obtuvo el premio Municipal) y *Dos cuentos*; en 1969 apareció otra serie, *El carabazo*. Pero si bien estos desastres en su escritura caían, vivaz, al modo trazo, indirecto, de penetrar en una realidad viviente, en buena parte, nació con su novela *Coronación* pudo medirse la amplitud de su talento. A su segunda novela, una obra de dimensiones limitadas, *La rruca*, recargada, con varias historias erráticas, pertenece el fragmento que publicamos. Su título procede de una carta que Henry James (padre) remitiera a sus dos hijos, William y Henry, en una época en que se comían por allá cuenta personal si no comían por allá cuenta personal y aceptar que le está sucediendo en un bosque salvaje donde sólo el lobo y conejo se abocan a jugar de la noche. Desde hace meses, Denoso, encerrado en un torre (literal) ha estado haciendo relación con el mundo, y vive para su novela.

TRES POEMAS PARA "LA PIEZA OSCURA"

Enrique Liba
(chileno)

• Nació en Santiago en 1929 y ha publicado tres libros de poesía y uno de prosa. Sus *Veinte se escuros* (1949), *Poemas de este tiempo y del Otro* (1952), y *La Pieza Oscura* (1961), que muestran la integración de las líneas poéticas que frecuentaron los poetas Puga y González Rojas, con un impulso lírico escamoteado. En la prosa, su libro de cuentos *Agua de arroyo* es de este año, aunque ya su nombre aparecía en las páginas de la *Generación del 50* que preparaba Labruna. En prosa, Liba traduce precisamente la convicción social renovadora y generosa.

(Viene de Pág. anterior)

teores, curas, capataces, boticarios y todo lo demás...

"Ergo tío, si estoy decidido a volver a El Opa..."

"No puedes irte, Jerónimo, no puedes. Oyeme. Se razonable ¿Para qué volver? Ya no quedas más que tú...! Yo no cuento, soy sacerdote y no puedo... no puedo. Pero tú...!"

"No sabes cómo he soñado conmigo una Azucita vuelva a figurar en la vida pública de ese país y la marquee! Ya la estoy muy lejos de allá, pero que mira ésta, pero te aseguro que no tengo intención de mostrar ante de decirte a ti, hijo, donde debo ir a parar... ¡Qué mala es esta sopita de espárragos que me da la Juana! ¡A ver qué que te sirvió a ti el pecador!"

"Con una salida de alcázaras... es un delirio..."

"¿Oye buen olor tiene?"

"No entiendo de política, ni me interesa..."

"No interesante en la política de tu país es una blasfemia... significa aceptar que gente advenediza y ambiciosa, toda clase de liberales descreídos, quieran trastornar las bases de la sociedad tal como Dios la creó el repartido las fortunas según creyó justo y les dio a los pobres sus placeres sencillos y a los ricos sus obligaciones y obligaciones. En el séptimo mandamiento prohíbe alterar contra Su orden divino en la tierra, que es justamente lo que están haciendo estas gentes que nadie conoce y que por todos los medios tratan de quitarnos el porvenir cristiano"

"¿Cómo no... ecclético. No sé cómo puede presuntuosamente Clazo que..."

"Sí, si ya sé, las dudas y todas esas cosas no importa por ahora, son demasiado complicadas y más voy a dejarlas para tiempos más tranquilos en un momento por las dudas de ahora. Ahora, el problema es urgente... inminente; estamos amenazados. El está amenazado. Un hombre que lleva de esta tierra como tú, tiene el deber de vender para que las cosas sigan en su sitio, tal como Dios las instituyó. Sé serio de tu propiedad es defender el Reino de Dios... eso lo sabes; así es que no me tengas con cosas de que no te interesa la política. Defendamos un derecho que es político y religioso a la vez, no te hagas el loco. Sé serio de una vez, ya tienes edad. Tienes el deber moral de no desentenderse de la política de tu país"

Jerónimo pensó replicar que tenía intención de pedir ciudadanía en la concepción donde se crió, pero que lo tenía café en una tarde de verano, es más completo que todas las maquinaciones políticas de estas latitudes... más comprometedor y más peligroso. No había en él ni el ímpetu ambiguo de la voz de su tío advirtió algo una hendidura por donde tal vez él pudiera salir estrecho es cierto, pero que le daría entrada: Los circunloquios de comendación del sacerdote envolvían una propensión testadora. Porque lo que en suma le proponía su tío era un pacto con Dios de señor a señor, constituir, en su alianza para administrar aquí su bien. Era ponerse a la cabeza de una jerarquía... era encontrar en ella el puesto abandonado que lo agredía ya desde siempre. Implicaba la existencia de aceptados o rechazados porque si nacidos a una u otra condición, era la raíz del orden, el comienzo de la verdadera realidad. ¿Dónde estaba la grandiosa libertad, la altura, la certeza que debía resultar de tal magno pacto? Mirando al alrededor suyo no veía ni señas... Los hombres envejecían sin tocar más que los alejados de un mundo que se desmenuzaba y se iba a dar o fugarse, para reformarlo todo según sus propias imágenes, incapaces de aventurarse a lo elaborado o enahorarse de lo superficial. Mientras que las almas de los anticuados salones, las señoras puestas ocultas en su vidiez bajo palabradas aprendidas de memoria. El gran pacto servía entonces sólo para esto? No... no... debía huir, regresar. Aún el gesto entonces deportivo de sacrificar su vida en una trincheira era preferible a esto.

"¿A quién se le ocurrió esta idea de mi candidatura, tío?"

"A mí."

"No pertenezco al partido."

"Yo te inscribiré hoy."

Jerónimo se puso de pie y trizó la servilleta sobre la mesa. Don Clemente se atravesó con las verdugadas mediatas. Con los ojos llorosos de los años a preguntar a su sobrino:

"¿A dónde vas?"

Jerónimo estaba dispuesto a responder: a tomar el primer barco que me lleve lejos de usted, lejos de este mundo de enanos. Pero como la voz sucedió entero al anciano, Jerónimo se acercó, en cambio, para hacerlo beber un vaso de agua y darle unas palmaditas en la espalda.

Q ué será de nosotros? de obtinabas en que yo hiciera prenda de esa absurda pregunta para seguridad de un reencuentro ineluctable.

El tren. El mar. El tren. Una misma insistencia.

"¿Qué será de nosotros? decías y pensabas: "Porque esto es el cansancio, lo confieso? Pensar, cuando hago el amor, en platos sucios. En un baile al que no pude ir quién sabe cuándo" Y esa pregunta arrojada al vacío pareciera..."

una consuelación de fondos de agua turbia; cruces imágenes que ilustraban un adios teatralmente perfecto.

El desenfase real sobrevino como siempre con espantosa naturalidad.

Pero allí donde esa pregunta arrojaba su luz y éramos una sombra de lo que íbamos a ser hacíamos nuestra vida separada en común, como esas personas que en una misma trampa permanecen unidos casi a sus propios ojos, bajo la doble vista prolija del autor oculista (y nos parece familiar) vagamente paternal e vagamente sádica.

Unidos aquí él, allí ella; dos países; un cielo nublado de cenizas; traicionándose a diario porque más todo es prudente, necesario existir.

"¿Qué será de nosotros. Qué será de nosotros?" ni tú ni yo lo sabemos ahora como entonces cuando todo era cosa de entrecerrar los ojos para hallar la respuesta con la mirada aguda del corazón, la divina de voz gutural suavemente inclinada a caer en un mundo ciego a imagen y semejanza de sus abstracciones (donde el sobrino enfermo la preñez de sí mismo).

Debíamos mantener el fuego de la discordia —sus largas vipersitas— ahorradas los ojos de las brass cups Lexpression enfunda, maligna, la cancia diciéndonos: "Eso es, eso es. Así se llega lejos por el camino del fuego".

Había que reunir material inflamable; busqué una noche de algas en la playa como en un pozo ciego de color de la luna.

Era preciso que algo fallara en cualquier caso: llamas para ahuyentar a los buenos sueños.

— II —

L os que no somos dignos de ninguna confianza fuimos de los primeros en llegar a la espera.

Dios de los cañes, de los hotentotes mejor su que ese viejo juicio miserable no habrías soplado la luz en los oídos.

Esperamos un signo de rodillas sólo hubo primeras comuniones, seroces complacencias del cuerpo con su sombra cuando la tarde entraba a las casitas y era una bajamar de crina los castigos, campanilleo atroz al ahogarse del último suspiro de Bach allí en el órgano.

Esperamos setenta veces siete más puros que al lavado de manos en un cálix los verdaderos ángeles, los únicos: espuma de la leche del cielo todo vaca patida y repetida tu señal, y la sangre se nos fue congelando en las baldosas; pero nadie le hablaba en su lenguaje ni espasó con su cola el mosquero.

Silencio de la Iglesia en que todo retorna como en un alud cada gran no por eso. Nadie vino a espumarse la boca en nuestra ofrenda

— III —

L o he repetido quién sabe cuánto tiempo: "en estos diez últimos años vengo aprendiendo las reglas del juego".

Un avispero muerto pegado a la muralla; Jarda uno en decidirse a desconchar el fruto de ese trabajo y duele por igual cambiar de muletilla cuando a uno le preguntan: "¿Y qué ha sido de tí?" Decir: "No sé", es difícil. Casi un ligero escándalo este poema mismo al que dejo caer ociosamente restos de pensamiento, pedacitos de imágenes. Cuánto mejor sería respirar esa pecueta trampa que no molesta a nadie. Por amistad a ti, escándalo, la violo, soplo sobre los restos mezclados del trabajo y el brillante arquitecto solitario. Cambio de muletilla: "no sé, no sé", respondiendo. "He olvidado las reglas. ¿De qué juego me hablo? Los años todos son la misma cosa: esta pared desmenu contra la que no pienso en nada. Absorto. Absorto."

LOS SOLDADOS

(Viene de Pág. anterior)

bl.: La Noja las tayas para que se te ablanden también.
—¿Quitálas y lávalas como hice yo: las fúndes en el agua y las sacas, las hundes y las sacas: se ablandan y quedan limpias. Házlo y verás.
—Yo no hay tiempo; ahí viene el sargento dando orden de formar.
—¿Para qué vamos a formar?
—Para numerarnos.
—¿Qué, tienen miedo de que algún recluta se haya caído al agua. No han debido mandar reclutas.
—No; de que se haya caído al agua no; de que se haya volado.
—¿Volado? Para qué va a volarse uno estando afuera del cuartel; no tiene gracia: uno se vuelva cuando está adentro.
—De que alguno haya desertado, di lo yo.
—Desator, que haya desertor quiere decir.
—Sí, como guerras.
—Pero no hay desertor cuando uno está en comisión. Desertor es cuando hay guerra y ahora no estamos en guerra y estamos en comisión.
—Está bien; que haya huido entonces, que se haya huido porque no quiere tomar parte en...
—Cientochocientosuro.
—Cientoochentimco.
—¿Quieres más café?
—No, tengo hambre.
—Después de habernos esperar tanto no nos dan más café.
—Yo síigo con hambre.
—Dématelo el mío.
—En serio, no lo quieres.
—No. Dame un tabaco.
—Todavía no están secos.
—No importa, dámelo así.
—¿Qué gusto le enciéntas masti-cándolo?
—Me distraigo.
—A las tripas mías no las distrae nada; me suezan de hambre. ¿Mastica-do tabaco se te quita el hambre?
—Sí.
—Voy a masticar un poco para ver. ¿Dónde aprendiste eso?
—Hace tiempo, en el pueblo.
—¿También para quitarle el hambre?
—Sí. Nunca habla suficiente comida.
—La misma vaina que en el cuartel.
—Aquí no hay suficiente comida porque los sargentos se roban la plata.
—En mi casa era porque no había plata.
—Se robanen la plata y la comida; yo he comprado comida al proveedor y dicen que la mujer del sargento tiene una tienda para vender lo que se saca del almacén.
—El que contrastó este café debió robarse bastante; ni siquiera dieron ho-Do.
—Les voy a preguntar a las mujeres cómo trajeron las ollas.
—¿Para qué? Si el sargento se da cuenta que andas averiguando te mete en el calabozo.
—¿Aquí no puede meter al calabozo, no estamos en el cuartel.
—Te pone un castigo entonces.
—Deben de freírlo al comandante.
—El comandante también roba.
—No creo.
—Es el que más roba.
—Roba todos roban. Pero el sargento es el peor porque nos roba a nosotros: se roba la plata de la comida de nosotros y nos hace pasar hambre.

Si el comandante roba, le robará al Gobierno y eso no importa.
—Implica más porque le roba a la Patria.
—La patria no es el gobierno: la patria es la bandera. Robarle al gobierno no es robar, eso lo sabe cualquiera. Vamos a caminar hasta donde están aquellos. ¿Quieres?
—No, tengo que limpiar el fusil: se

—¿Dónde?
—En esa casa de la esquina, frente a la que dice hotel.
—Fuí a buscar a las que hicieron el café para ver si había algo más que comer: la ventana está abierta, y vi a las mujeres.
—¿A la mejor no son.
—Sí; son: tienen trajes largos y las caras todas platinadas.

—No habrán encontrado a los maquiñistas. Tal vez no los han podido obligar a venir.
—Nosotros los hubiéramos traído y custodiado. Seguro mandaron a uno pendejo. Nosotros los hubiéramos traído hasta aquí.
—¿Crees?
—Yo sí creo: a custodiarnos los hubiéramos traído. No creo que ésos estén armados.
—No tienen derecho a pegarnos. No pueden obligarnos a venir si ellos no quieren.
—Claro que tenemos derecho; para eso estamos aquí.
—Están en huelga.
—Yo sé, pero eso no importa.
—Sí importa.
—Está bien. Qué vaina ese tren que no viene.
—O—O—

OYENDO UN DISCO DE BENNY MORE



Roberto Fernández Retamar (cubano)

● Poeta, profesor, crítico, secretario de la Unión de Escritores de Cuba, a los 34 años Roberto Fernández Retamar tiene una obra y una actividad cultural vastísimas y complejas. Estudió pintura y arquitectura, siguió cursos de letras en París y Londres, ha enseñado en Yale y en La Habana, ha representado a su país en muchas reuniones internacionales. Libros de poesía publicados: *El agua como se limpia* (1950), *Patricios* (1951), *Albanzas, conversaciones* (1955), *Fuella de los antiguos aporreados* (1959), *Si o los resabidos* (1961) y *Con las mismas manos, antología*, de 1962. Libros de prosa: *La poesía contemporánea en Cuba* (1954), *Ítem de los escritores* (1958) y *Populera* (1962). En él se gran tradición de la poesía se abre a un contacto vivo, claro, positivo, a veces atractivo, con la realidad social de su tiempo revolucionario.

Es lo mismo de siempre: ¡Así que este hombre está muerto! ¡Así que esta voz deligata como el viento, hambrienta y huracanada como el viento, es la voz de nadie! ¡Así que esta voz vive más que su hombre, y que ese hombre se ahora discos, retratos, lágrimas, un son'brito con alas voladoras enormes —y un bastón! ¡Así que esas palabras echadas sobre la costa plateada de Varadero, hablando del amor largo, de la felicidad, del amor, y aquellas, únicas, para Santa Isabel de las Lajas, y que tremendo pueblerino en celo, de la tenacidad de la bursal, y las lágrimas mezcladas con cerveza junto al mar, y la carcajada que termina en punta, que termina en auilido, que termina en qué cosa más grande, caballero; Así que esas palabras ro volverán luego a la boca que hoy pertenece a un montón de animales innumerales y a la tenacidad de la bursal. A la verdad, ¿quién va a creerlo? Nosotros mismos, con no ser más que nosotros mismos. ¿No estamos hablando fhorat?

—¿Dónde?
—En esa casa de la esquina, frente a la que dice hotel.
—Fuí a buscar a las que hicieron el café para ver si había algo más que comer: la ventana está abierta, y vi a las mujeres.
—¿A la mejor no son.
—Sí; son: tienen trajes largos y las caras todas platinadas.

—No habrán encontrado a los maquiñistas. Tal vez no los han podido obligar a venir.
—Nosotros los hubiéramos traído y custodiado. Seguro mandaron a uno pendejo. Nosotros los hubiéramos traído hasta aquí.
—¿Crees?
—Yo sí creo: a custodiarnos los hubiéramos traído. No creo que ésos estén armados.
—No tienen derecho a pegarnos. No pueden obligarnos a venir si ellos no quieren.
—Claro que tenemos derecho; para eso estamos aquí.
—Están en huelga.
—Yo sé, pero eso no importa.
—Sí importa.
—Está bien. Qué vaina ese tren que no viene.
—O—O—

me llenó de barro cuando desembracamos.
—El mío también se me hundió en el barro, pero no lo voy a limpiar ahora.
—¿Yo sí; no voy a andar con un fusil oxidado.
—O—O—
—Sabes: en este pueblo hay mujeres.
—¿Quién te lo dijo?
—Nadie; yo las vi.

Además la sala está adornada con papel crepón. Como para un baile. ¿Crees que tendremos tiempo de echar una pasadita?
—Yo sé.
—Yo síigo es que no parecen franceses; parecen de aquí.
—Entonces no son.
—Ese tren no va a venir nunca.
—Es mejor que no venga.
—¿Por qué?
—Así no tendríamos que ir.
—Y si no hacen marchar. Es mejor que venga.
—No nos harán marchar.
—¿Cómo saben?
—Los pueblos quedan muy lejos.
—¿Tú has estado en los pueblos?
—No.
—¿A qué pueblo vamos?
—No sé. A todos seré.
—¿Todos están en huelga?
—La Zona está en huelga.
—¿Y la Zona son todos los pueblos?
—¿Cuántos pueblos hay?
—No sé.
—¿Bastantes?
—Sí, bastante. No sé preguntas.
—No te gusta que te pregunten.
—Me da lo mismo que me pregunten.
—¿Mejor que haya bastantes pueblos, así nos demandan con la huelga y no tenemos que volver al cuartel.
—Me aburreo aquí esperando por qué no vendrá ese tren.

—Yo no he montado nunca en tren. ¿Y tú?
—Sí.
—¿Muchas veces?
—Yo sí.
—¿Te gusta montar en tren?
—Me gusta tener que ser visto es.
—Yo sí los he visto pasar pero — me montado nunca.
—Vivimos un tiempo cerca a una parada.
—¿Cómo está.
—No, ésta es una estación. Allá no paraba siempre, sino cuando había pasajeros.ibanos todos los días a vender trigo.
—Cuando no paraba nos comíamos los bigos por la noche.
—Entonces era mejor que no parara. No, porque cuando paraba y pedíamos vender algunos bigos, sabíamos que tomaríamos café dos o tres mañanas.
—¿A mí me gustan más los bigos que el café. ¿A tú?
—No sé; hace tanto tiempo que no como bigos y habla tantas mañanas cuando no teníamos café que he olvidado lo que me gustaba.
—¿Cómo eran los bigos?
—Grandes y morados y estaban llenos de bolitas por dentro.
—¿Cómo eran los trenes?
—Los trenes y los vagones, y cuando no paraban la gente saluda desde los vagones: eso era lo mejor.
—¿Por qué te acuerdas que se he visto en el Puerto, pero es chiquito y no lo he visto andando. ¿Cuándo está pasado, la gente no saluda, verdad?
—No, no saluda; mira nada más.
—O—O—
—Este pueblo es too.
—Todos los pueblos son iguales.
—Pero éste es más feo. Yo no había visto nunca paredes enteras cubiertas de sal.
—Aquí no necesitan comprar sal, con raspar las paredes tienen.
—¿Por qué?
—No sé, pero no se come.
—¿Por qué?
—No sé, pero no se come.
—En este cuartel no los hacen trabajar todo está oxidado y lleno de sal.
—Sí es verdad.
—Este que nadie se acomodó cuando pasamos. Ni siquiera los pelaos.
—¿Por qué ya saben para que estamos aquí lo mismo que cuando robaba.
—¿Por qué nos van a tener aquí si no es culpa de uno.
—¿Quién está en huelga?
—Es culpa de los huelguistas.
—¿De los huelguistas son de la Compañía.

Homemaje a VALLEJO

Noé Jitric (argentino)

■ Poetas y críticos han sido sus ocupaciones habituales, y arriba con el mismo rigor, seriedad y seriedad. En poesía ya ha escrito dos libros: *Periferia* (1951) y *El otro* (1952); en prosa ha escrito y editado *El comienzo en las páginas de Cortázar*, grupo del cual fue uno de los principales animadores, y ya ha sido reseñado en los libros: *Horacio Quiroga* (1952), *Leopoldo Lugones* (1952) y *La Nación* (1952). Nacido en Buenos Aires, recibió de letras en la Universidad de Buenos Aires, donde se graduó en 1932. Actualmente es profesor en la Universidad de Córdoba.

mala estructura se ésta sin culpa y sin victimio, malo cuando no hay drama ni me desnudo.

Trascurre mi vida así y me enternezco, sacó de mí mismo todas las conclusiones y es entoaños cuando me pongo triste; debería perjudicarme pero no me arduino, tanto sólo deber cruciar, pero no me atrevo, por lo que luego me emboto, me lino, me (distribuyo.

F. El tiempo raja las paredes de mi vida mientras yo procuro desentramarme, cuidado dos o tres plantas que no prosperan, me pongo una camisa roja, me preparo y me y vuelvo sobre mí sin disimulo (alijo) mi costado es una piedra, mi corazón una rueda penumbrosa.

A veces me siento preso y otras un gamo, a veces me explico todo y me quedo solo, me ata una dulce manducambre que me retiene, me libra una intención muy pésima de all-

Desde hace años me digo reflexionando mala existencia tan torpe es ésta,

Es un río esta vida que se me agota; yo soy un ésta cubido por donde el río escapa, es un sueño que no se puede contar, la impresión de algo que ocurre en otras partes o que no había sucedido nunca o un recuerdo de que no pasó.

Escucho un gorjeo caliente y me debilito, concuro a calmar a un niño, amonoco, una mujer te va todos los días, infatigable me deja metido en mí aunque me ama, luego me aliento y me describo: este golpe me sacaba, piedra tlanda. Tenis boy un día como ayer, una flojera, y sigo viaje aplotrinado, por lo que me alunero y es ahí donde el tiempo se me queja.



TONO SALAZAR

A. Cepeda Sarmiento, continuación

—Bueno, pero de nosotros no es.
—¿Quién sabe?
—Viste la casa de al lado? Es grande, dá hasta la otra calle; por ahí nos podemos volver esta noche. Y está todo cerrado; ¿tú crees que haya gente?
—Sí, hay.
—No importa; el patio da con el patio del cuartel y la paredilla es baja, ¿no? Ahí nos podemos volver.
—Yo no, no tengo ganas.
—Yo sí, yo me vuelvo esta noche.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

De la estación al cuartel del pueblo empujaron. Con los fusiles en bandolera y los morrales sobre el hombro derecho, caminaron sobre calles cubiertas de barro salitroso y caliente y de charcos llenos de agua salitrosa y fresca. Algunos se quitaron los botas ya secas y se quedaban en el centro de los charcos chapoteando el agua espesa. Caminaron lentamente, sin prisas mirando, sin entender bien las puertas y ventanas cerradas a lado y lado de las calles.
El primer día pasado todo el día en la estación: los primeros sentados en los bancos de madera, los otros tirados en el suelo, recostados a las columnas de hierro gris, en cuclillas o lo largo de la plataforma. Algunos habían dormido, otros habían mirado mucho tiempo los rieles vacíos que iban juntándose a medida que se alejaban y se perdían en un punto impreciso en la base de la montaña. Todos se fastidiaron. Se cansaron a mirar el pueblo cerrado, muerto, como comenzaba frente a la estación. Después de unas horas ya no les importó; se agruparon selector de lo que conocían: de sus hijos y morrales, de sus amigos; y ya no esperaron nada.
La distancia entre la estación y el cuartel era corta y la caminaron en silencio, por calles y por casas en silencio.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

El cuartel era sucio y casi desahabado. Entraron caminando hasta el cuartel, rodeado de arcos y de puertas embaldosadas de ladrillos rojos y frescos. Comenzaron a formar; dejaron caer los morrales a un lado y descamaron los fusiles al otro, alzándose luego, quietos a descansar y numeraron. Cuando dieron la orden de romper filas, ya sabían a qué puertas dirigirse y sobre qué construcciones tirar los cascos y tender las mantas. Ya eran ellos mismos otra vez habiendo experimentado en rutinas.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

meclánicamente. Luego, sin haber entendido, siguieron caminando.
El corral de la guardia atravesó corriendo el patio, todavía oscuro, y se subió a las rampas del edificio limpio, preciso, conocido, llenó todo el cuartel.
En los largos salones en silencio el huido oxidado de las ruedas comenzó a cruzar y por un momento el ruido de los cuerpos de las botas, de las canchales, de los fusiles, y sobre todo el ruido incesante del apremio, cubrió el espacio.
Formaron de cuatro en fondo, de espaldas a la tarima donde la corneta se encontraba, formando la corneta a la calle y el gran espacio donde habían estado los fusiles, y sobre todo, lentamente con la claridad que empezaba a caer sobre el patio.
No se numeraron.
Con pasos precisos, acompañados a la voz que los marcaba, en formación, con los fusiles al hombro y los morrales fijos sobre las espaldas, salieron del cuartel.
Marcharon sobre las mismas calles, con la vista fija sobre la nada que se marchaba enfrente, sin mirar a los lados, los hueros de las puertas y de las ventanas abiertas. Con pasos seguros marcharon sobre los charcos y el barro salitroso.
El barro empujaba brillante a cada golpe de las botas. Marcharon, todos en filas de cuatro en fondo y una sola de tres, hasta la estación.

—Bueno, pero de nosotros no es.
—¿Quién sabe?
—Viste la casa de al lado? Es grande, dá hasta la otra calle; por ahí nos podemos volver esta noche. Y está todo cerrado; ¿tú crees que haya gente?
—Sí, hay.
—No importa; el patio da con el patio del cuartel y la paredilla es baja, ¿no? Ahí nos podemos volver.
—Yo no, no tengo ganas.
—Yo sí, yo me vuelvo esta noche.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

—Bueno, pero de nosotros no es.
—¿Quién sabe?
—Viste la casa de al lado? Es grande, dá hasta la otra calle; por ahí nos podemos volver esta noche. Y está todo cerrado; ¿tú crees que haya gente?
—Sí, hay.
—No importa; el patio da con el patio del cuartel y la paredilla es baja, ¿no? Ahí nos podemos volver.
—Yo no, no tengo ganas.
—Yo sí, yo me vuelvo esta noche.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

—Bueno, pero de nosotros no es.
—¿Quién sabe?
—Viste la casa de al lado? Es grande, dá hasta la otra calle; por ahí nos podemos volver esta noche. Y está todo cerrado; ¿tú crees que haya gente?
—Sí, hay.
—No importa; el patio da con el patio del cuartel y la paredilla es baja, ¿no? Ahí nos podemos volver.
—Yo no, no tengo ganas.
—Yo sí, yo me vuelvo esta noche.

LOS SOLADOS

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

—No.
—¿Tienes plata?
—¿Dos pesos?
—Me prestas uno.
—No tengo plata.
—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos; ya tocarán silencio.
—Deja que las veas, te digo que no puedo.
—A lo mejor no lo son.
—Sí son, yo las vi. Vamos, ¡al vé! Están ahí que se van a quitar el pantalón.
—No quiero, no quiero, no quiero.
—Está bien, no te pongas rabado.
—No tengo rabia, es que no quiero ir.
—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?
—Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?
—No. Ahora voy a dormir.
—Me cuidas las cosas, quieres.
—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.
—No te preocupes, a mí no me cogen.
—Me gustaría que fuéramos juntos.
—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.
—Yo vuelvo enseguida.
—Está bien.

CONTINENTE DE VERANO

• "De los más rigurosos exponentes del vanguardismo de Buenos Aires. Nació en 1935, ha publicado un libro de cuentos (En la zona, 1949) y tiene editado otro de poemas (El día y la noche, 1950). Es profesor en la Universidad del Litoral (Instituto de Cinematografía).

AMPARO despertó alrededor de las cinco de la tarde. La puerta de la habitación del primer piso que daba a la calle se hallaba cerrada, pero a través de la caraboya sobre la puerta, del otro lado de la habitación, frente a la cama, penetraba una luz gris y destello, que producía en la habitación una claridad relativa. La puerta daba a la galería del primer piso. Del cuarto vecino llegaba el apagado rumor de un ventilador. Primero Amparo abrió los ojos (estaba echada de espaldas sobre la cama, un brazo cruzado blandamente sobre el pecho), vio el celosazo en esa porción de su superficie que se mostraba agrietada y manchada por la humedad y volvió a cerrarlos durante un lapso incalculable, sin saber si se hallaba despierta o dormida. Cuando luego se abrió los ojos, se consideró completamente despierta, oyó el zumbido del ventilador en la pieza vecina, supo de qué se trataba, y abrió los ojos otra vez, sintiendo de inmediato la espalda y los brazos hielos por la transpiración, la nuca caliente y pesada y ese gusto entre amargo y áspero, y algo así como un maloliente que acentuaba y agravaba, despertando las personas que traspasaban demorado. No se movió cuando estuvo despierta. Solamente sus ojos, unos ojos grandes, cálidos y oscuros, de los que Amparo solía decir con un orgullo un poco irónico que jamás se los había pintado, vagaban lentamente por el celosazo y la puerta de la habitación, que estaba abierta y manchada por la humedad hasta la trabajada y amarillenta moldura central de la que pendía el negro cable pringoso de la luz eléctrica, y allí hasta las pequeñas manchas que avanzaban y de las cuales se habían desprendido en otro tiempo un fragmento dejando como rastro visible sólo un paso una porción más oscura y más muy pequeña que constaba con aquella luz y amarillenta superficie. El resto de su propia permanencia quieto. Enseguida oyó también, viniendo de la puerta, las ruidosas y raras de los automóviles y el súbito y metálico campanillazo de los tranvías. Hacía mucho calor. Era pleno enero. Pero Amparo, observando la calidez de la luz que penetraba en la habitación a través de la caraboya de la puerta que daba a la galería del piso alto, dedujo que se estaba formando una tormenta, una de esas pesadas y raras y raras tormentas de verano que impregnan la atmósfera de un peligroso tinte verde, y cuya amenazadora preparación excede en gran medida a las consecuencias reales que produce.

Estaba vestida con una combinación sobre las prendas más íntimas, y uno de los bretes se había deslizado hacia el brazo desde su reluciente hombro moreno. El chico formaba a su lado: sobre una bombachita blanca, se hallaba completamente demudado, uno de los pequeños brazos doblados cerca de la cara, la mano cerrada. Parecía el parecer con gran placer. Amparo desvió la cabeza y lo miró. La expresión de su rostro no se modificó al dirigir la mirada a su hijo. Más bien adquirió una ligera dureza, como si en sus facciones durante un momento, arístidamente, haciéndolas como más filosas, hasta que fluyeron nuevamente, dando paso a una expresión que si en sus principios le pareció sombría fue volviéndose poco a poco como nostálgica o como melancólica.

Estuvo alrededor de quince minutos recostada, inmóvil, pensando. Después se levantó, dio unos pasos sin finalidad por la habitación, se descalza, y enseguida se vistió con un batón sencillo, floreado y algo viejo, que abrochaba en la parte delantera mediante una hilera de grandes botones blancos. Fue y volvió a la habitación, en la veredosa galería exterior, una luz profunda y penetrante, de tormenta, iluminó de inmediato la habitación. Aquella luz, que penetraba en el cielo, unas pesadas y grandes nubes de un azul acero lo cubrían totalmente, cerradas sobre la ciudad, inmóviles e implacables como un sólido monumento. Entre los techos y las paredes, los balcones destellaban ya unos débiles relámpagos. Permaneció un momento apoyada sobre la balaustrada de concreto, mirando el cielo y la ciudad de casa en casa, de un piso a otro. Allí y allí se destacaban con unos colores más fulgurantes y vivos al medio de la atmósfera húmeda, los edificios más altos: monolitos de ocho o diez pisos, de fachadas de tonos blancos deslumbrante, verdes persianas, y unos toldos de lona anaranjada sobre los balcones idénticos. El aire

estaba quieto, pero con una quietud que ella se provocación, la preparación, como uno puede decir que una granada está quieta por dentro antes de estallar. La calle era toda gris ocho metros más abajo; y entonces Amparo contempló durante un momento el paso de la gente, de los automóviles y de los ruidosos tranvías, apoyada con aire pensativo sobre la balaustrada de concreto, hasta que recordó que si siquiera se había lavado la cara al levantarse, y que su escotado batón floreado no era la prenda más adecuada para asomarse a la calle a las cinco de la tarde. Entró nuevamente a la habitación, se lavó la cara en la pequeña pileta (cajada también, sostenida por un caño que se hundía en el piso de madera) y después se detuvo un momento a arregrarse frente al espejo del ropero. Comenzó a peinarse con una rápida pericia, no con un peine común sino con un cepillo de plástico de duros dientes que chasqueaban al deslizarse con dificultad sobre su áspero cabello oscuro. Al mirarse con mayor atención en el espejo, Amparo fue moviendo la mano con una lentitud cada vez más marcada, hasta que, aproximándose un poco más a la lisa superficie en que estaba reflejándose, la expresión de extrañeza y atención hacia su propia figura aumentó en su rostro, detuvo el movimiento de la mano por completo. Hacía tiempo que no se contemplaba: ahí estaba su rostro, los grandes ojos cálidos, el óvalo moreno de su cara, pero sobre el áspero pelo corto, aquella nariz recta y dura, un poco fría, que contrastaba con los ojos y creaba el equilibrio necesario dando como resultado una expresión de gravedad, una gravedad y una tensión discreta ocultada, según Amparo pensaba de sí misma, un corazón apasionado. Pero no eran esos rasgos, tan familiares y extraños al mismo tiempo, los que llamaron la atención a Amparo, sino una expresión de su boca, una expresión que ella no conocía, o no había visto antes, consistente en una leve torsión del labio inferior, en el lado derecho, junto a la comisura, viéndose a cambiar de un modo completo la atmósfera de su cara. Sus labios eran, aunque un poco anchos, agradables; eran un otro tono cálido de su cara. Pero esa torsión, no advertida anteriormente, los había vuelto fríos, tensos y duros. Continuó peinándose. "Los años pasan", pensó Amparo. Y recordó cómo, cuando joven, sabía sostener que una bailarina debe retirarse de su profesión a los treinta

años cuando mucho, recordando asimismo que ella iba ya por los treinta y cuatro y continuaba bailando cada noche en clubes nocturnos de baja categoría, y viajando por toda la república. Terminó de peinarse, dejó el cepillo sobre la mesa de luz y miró a su hijo. El chico abrió los ojos, le devolvió una demorada mirada de entremedio placentero y abidido, y volvió a cerrarlos. "Conser y dormir", pensó Amparo, "lo mismo que su padre". El padre del chico era un músico en desgracia que había vivido con ella un tiempo, en Buenos Aires. Cuando Amparo quedó embarazada (el médico le había advertido un tiempo antes que otro aborto sería sumamente peligroso para su vida) el músico, que había estado viviendo a costillas de Amparo todo el tiempo que estuvieron juntos, desapareció del hotel sin dejar rastro. El chico era rubio, de piel muy blanca y sonrosada, como un niño, y tenía los ojos muy claros, recio físicamente a él. Al ver a su hijo, Amparo lo asociaba mecánicamente a su padre, y eso lo inducía a tratarlo de un modo no se diría frío o duro, sino algo áspero, como suelen tratar esas mujeres demasiado independientes a los hombres que dominan.

Amparo sacudió levemente al chico. —Vámonos, dijo. El chico abrió los ojos y sonrió. Después acostado con los ojos abiertos, mirándola, y enseguida dejó de sonreír para hacer un gesto de pereza, indiferencia y desago.

—Vámonos, que hay que bañarse. —dijo Amparo.

El chico no respondió. Amparo se separó de la cama, abrió el ropero, y sacó unas prendas del niño y una toalla de baño. —dijo Amparo, con aire pensativo, de un modo mecánico mirando cerraba el ropero. Alzó al niño, que se apoyó sobre su hombro cerrando los ojos, y abriendo la puerta salió al pasillo del primer piso, era un largo pasillo con un amplio ventanal que daba al pleno cielo. En sus extremos se hallaba recostada una cortina de lona anaranjada, con la que se había cubierto el ventanal. En un extremo enorme hubieron oscuro, de un azul humo, pesado e inmóvil. Amparo fue hasta el baño, una puerta más pequeña que las pertenecientes a

(Passa a la página siguiente)

POEMAS

Pablo Armando Fernández

(cubano)

En mí no vive el bien

EYRTE desconocidos anduve acompañado.

Una noche en Irukutá pensaba olvidando otra de Hackensack, allí me acordé de la guerra de México. ¿Quién eligió que fuéramos dos jóvenes que emigran y están solos? ¿Quién eligió que fuéramos extranjeros "Los años pasan" pensó Amparo. Y recordó cómo, cuando joven, sabía sostener que una bailarina debe retirarse de su profesión a los treinta años cuando mucho, recordando asimismo que ella iba ya por los treinta y cuatro y continuaba bailando cada noche en clubes nocturnos de baja categoría, y viajando por toda la república. Terminó de peinarse, dejó el cepillo sobre la mesa de luz y miró a su hijo. El chico abrió los ojos, le devolvió una demorada mirada de entremedio placentero y abidido, y volvió a cerrarlos. "Conser y dormir", pensó Amparo, "lo mismo que su padre". El padre del chico era un músico en desgracia que había vivido con ella un tiempo, en Buenos Aires. Cuando Amparo quedó embarazada (el médico le había advertido un tiempo antes que otro aborto sería sumamente peligroso para su vida) el músico, que había estado viviendo a costillas de Amparo todo el tiempo que estuvieron juntos, desapareció del hotel sin dejar rastro. El chico era rubio, de piel muy blanca y sonrosada, como un niño, y tenía los ojos muy claros, recio físicamente a él. Al ver a su hijo, Amparo lo asociaba mecánicamente a su padre, y eso lo inducía a tratarlo de un modo no se diría frío o duro, sino algo áspero, como suelen tratar esas mujeres demasiado independientes a los hombres que dominan.

Plotina

MIRA, yo sé que no desaparece. Se ausenta, sí, en los sueños, estimo, y cuando a ser deseo indefinido.

• Nació en 1930, ha viajado, y se ha ido formado en la lengua de sus viajes por América, Italia, Suécia, China, Sakeria y Lamentación (1931) fue su primera publicación. Nuevos poemas (1955) y Toda la poesía (1961) muestran un período de maduración. A la época revolucionaria corresponden *Himnos* (1962) y *Libro de los héroes* (1963) distinguido en el Concurso de Casa de los Andes, Cuba. Poesía arcaica, barroca y concentrada a la vez, posula vitalizada, recostada la experiencia de la lírica inglesa (desde Pound hasta W. Thomas).

Yo, corista del Music Hall, Plotina, un fríete espectáculo para que los niños se comieran las ojeas, posticos en los senos y las cadenas. Posticos en el pelo y en la boca, todaría diestra, capaz de hacer prodigios: voy a ser castigada. Mi pelirrojo se haber sido hipocóndrico y haber conservado el espíritu de otros tiempos.

Acento

PARA que aquí la muerte sea como cuando hospedé la rosa y la moneda. A solitos, ofreciendo sus augurios. Aquí, en los portales del batay, se va a ir de los años persuasivos. Aquí, justo a la grúa del Amparo, esperando en el fondo de la botella. *Mortaje del paisaje* se el pendiente una turbia bandada de hojaracas. Para cuando los peones y boyeros se acompañen de tres, de clase y górra y "Mira que voy a morir..."

EL MUNDO DE LOS PERROS NEGROS

NEGRO, Negro... — Gritó la Olinde abofeando las mazas.

El perro se detuvo un instante en la cresta del cerro, localizó y luego adaba bajando pendiendo y apareciendo entre mallas y pañales.

Detrás, el "piñón" de cabras desaparecía. El quintal pichudo, bajaba un entusiasmo... el que ignorando el desgraciado ladrero de los otros... que venosamente urtián al regreso.

Como la lengua a un lado, colgando como tipo sucio y un hondo acoger golpeándole las castañas, luego el Negro se echaba en los pies de la muchacha.

Una lagastilla — apenas un chuzazo verde — cruzó entre las piedras grises. Se detuvo un instante alzada la cabecita aguda con ese hincido lo la zarzavata y los ojos los redondos y fijos como si se apremiara de memoria el paisaje. Y desapareció en el quintal. El Negro le dedicó una mirada indiferente y helada. No le sobraba ese tipo de raza.

—Vamon, ya se me hace que llega el viejo y ni guiso hay.

El perro con un movimiento de cola aprobó la resolución de su dueña y se apresó a seguir. Y sobre caderas y trocán, yndio y sobrevino para hacerle frente a la Olinde, almanzaron el lomo del cerro blanco. Abajo estaba el rancho en esa cumbre con esa claridad, con los cerros que se le venían encima, no abrumadamente, sino de un modo cuidadoso, casi vigilante. El pueblo de los perros negro le llamaban. Siempre le habían llamado así, desde que se inventó se casara allí, con especial énfasis. Serros de ese color. Y era sincero.

Solo estaba el rancho. Malo, pero la muchacha.

No era dado a la belidá el viejo Leoncio, pero de tanto en tanto bajaba a la villa con un salvaje entusiasmo y bien conocido hasta la casa del director Santos. En esas ocasiones era casi seguro que regresara al perrito negro entrado, bamboleando la borrachea sobre la mesa zaina y masculinando maldades entre los que se filtraba con insistencia el nombre de la Rosa, su mujer y la madre de la Olinde. De ahí que la muchacha se echara a cavilar muchas veces sobre la verdadera causa de su ostentad. Y cuando se atrevía en la indagación directa la respuesta del viejo era siempre la misma con el mismo tono duro:

—Se murió y no me la recordé más.

Se fiaba la Olinde en los triviales y pobres menesteres del rancho: el fuego, el agua, el batido, la olla. Luego se lavó la cara, se peinó, se cambió la polvora marrón por otra desdentada y volvió poco después a desfilarse. Aunque tal cosa no había modificado nunca en lo más mínimo, el tiempo de los cerros ni la monotonía del rancho.

Llegaron las cabras entre un desconcierto de baidos que malfizaban con entusiasmo los perros. Cuando entró la Olinde al corral, la Olinde corrió la puerta. Los perros, perdidos todo interés, empezaron a desfilarse.

La Olinde se acomodó al agua de la acequia. Después se echó, lánguido, hasta apacasar el respiro.

Y la noche comenzó a levantarse de los montes espesa y morada con un silencio apenas rojizo por el "meo" vacilante de alguna cría.

El Negro fue el primero que alzó las orejas con un gruñido y luego arrancó de estampada ladrando. Detrás le hicieron eco los otros cuatro perros.

La Olinde se asomó sobresalida. Ese ladrero no era reconocido para gente conocida.

El hombre bajaba del caballo entre puntapiés y gruñidos para alejar a los perros. Algo cobró la audacia del Negro porque con un aullido vino a refugiarse a los pies de la muchacha.

—Eh... eh... Don Leoncio?

A la muchacha se le estrujó el corazón y la voz se le quedó ahogada en la garganta.

—¿Qué, no sos vos la Olinde?

—Sí... pero el paná no está.

—¿Caro, ya a esperar, mientras, me convidás unos mates. Hacia volar estos cuscos a ver si tengo que despaçar a alguno.

—¿Caro, plata... Tigre... ¡rufo! ¡rufo! El Negro ya había zainado el rancho con el rabo caído. Y el hombre también porque no había esperado la aprobación de la muchacha.

El farol colgado cerca del fogón abría su limitado campo de luz sobre la mesa rústica y los cuatro sillitas cruzadas con asiento de cuero de calvas.

Detrás, en la penumbra, se amonaban dos cañes y ropas colgadas en las paredes de quijada.

La Olinde se aplicó en preparar el mate. Todavía no le entraba el había al cuerpo cuando el ademan del hombre a que espiaba por el raballo del ojo, lo detuvo de un sobresalto.

—¿No te acordás, le dejó aquí para descansar un rato. Venge de amigo a hablar al viejo. Por unos chivatos, la abeja y el arma con el cinturón y la gorra quedaron sobre la mesa como serviles testigos de la autoridad.

Se sentó despañarrado, cómodo con una sonrisa nueva de íntima satisfacción. Su mirada intencional y despreocupada comenzó hacer el recuento de la muchacha quecador de boca grande y cuerpo menudito, más bien escuadrado de carnes. Y cuando trupeó con la fruta piñona de sus pechos aún no resueltos, la llamarrada del instinto se le prendió en los ojos.

La Olinde la percibió con el "virarse" del primer mate y volvió a estrechecerse llena de oscuras presagios.

—No ha de demorar el viejo... la anciana.

No quería esparnaria, tenía tiempo de sobra.

—¿Bajas seguido a la villa?

—No... No le aburrís aquí, solita?

El silencio venía cruzando la noche de los montes, se metía en el rancho, se pegaba en el techo como una enorme araña peluda. Luego extendería sus patas imundas y la envolvería en el horror hasta quebrarle el pecho. La Olinde lo sabía, lo sentía, y el monodólo de la respuesta se le atascaba en la garganta.

—Te parecerá a la Rosa. ¿Y vos no tomás un mate?

—No.

—Decime, ¿pa qué tienen tantos los perros negros?

—¿Crachas, ¿train suerte?

—¿Crachas, no quiero más — y le devolví el mate. —Andá acordado, yo espero un rato más. Voy a ver si caballo.

La Olinde corrió a refugiarse en el catre como si las mantas raídas pudieran obstruirle algunas presencias, junto con el Negro, que buscó preturoso lugar bajo el catre.

Ladraron los perros afuera. Se quedó uno abanzado por un puntapiés. Y luego silencio. Largo. Negro. Expectación.

Tapada hasta la cabeza, sin desvestirse, hecha un ovillo, esperaba. ¿Qué? La araña. La inmensa araña peluda que crecía desde el techo para consumir el sacrificio turbidamente presentado.

Fue todo, casi instantáneo: el ladrón del Negro junto con el golpe serio y el aullido que resonaban como le arrancaron las mantas y rasgaron sus ropas; el cuerpo inmenso, pesado, velludo, caliente, que cubría. Y ese largo alarido sereno de su carne inapropiada a fuego.

—¡Jai jai... train suerte los perros negros! ¡Claro que train suerte...! ¡Para el viejo también que está cañento en el catre durmiendo la mona en la policía... jai... jai... jai...!

Un coro de ladridos y aullidos desolador respondió a la última carcajada, que se alejaba junto con el galope acompasado del caballo.

Desde lo alto de los cerros miraba impávido el ojo blanco de la luna llena.



ILUSTRACION DE JORGE CENTURION

(Viene de la pag. anterior).

cuodet Jurata que su primer ingulda, su primer azote lastivo, ha sido entrar la puerta y dar con ella en las narices. Tal vez ha hecho un movimiento en falso, sí, seguramente. Le quedó mirado y esperto. No quedaba, sí, para horror la impresión que, para ahora, se acordó, a menos sin dog. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió", me pregunta. Esto es el colmo.

El niño está hacer qué? soy. Asocié el momento que vivo con su vivo alistas de cumplir a fuerza de pura indecencia. Algo de más intencional tiene que haber alitando a más ojos. Reguñate, lo estaba mirando de manera igualmente, hasta que, con un dandé de amenaza, que no necesitaba ni decaer, pero que surgió por lo que como si hubiera tenido vida propia, se dependiente de mí, le pregunté: "¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

—¿Cómo? ¿No me entendés?" y él me explicó por completo, señalando la una y la otra gana de sentimientos controlados. Parecía que aliviar la tensión por detrás. Hacia vapores; líneas indignaciones de la barbilla vidriosa que estaba realmente todos los ademas que deseaba prodigarse. Pero se había ido para eso, no. "No me entendés" soy... "¿Clasidit? Entonces, lo mismo invisible que le tenía cogido le dejó libre, y ahí, en el momento, me estaba la seguridad, ahí estaba el hombre trunante con el que me torturaba cuando era muchacho, también, cuando siempre como ejemplo, su barbilla caído por completo, libre de sus ataduras se abanzaba hacia adelante, era que empezara a hacer zuchos de arrepentido, y tal vez avergonzado de su primer "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo. "Wfo se le cambió tanto", me dijo.

TROCENOS DE VIDA

C. Giacconi, continuación

la revolución?... Ya. Apenas puedo contener una risada. La mujer escucha con la mirada vacía de quien no entiende lo que se habla. Glos azules, soladores. Piel blanca, suave, movimientos de gacela. Lentos y largos. Mi primo ahora habla de Alemania. No comprende a los alemanes. Se queja de que "no nos quieren a nosotros los norteamericanos". Se explica sobre su trabajo como fotógrafo de zonas de resquebrajamiento. Habla con gravedad. Cualquiera cree que él está en posesión de trascendentes secretos atómicos. París no le gusta y, en general, toda Italia tampoco le gusta: "Ciudades apolladas, todo es viento, las calles se derrumban, las calles son sucias", y seguimos bebiendo vino y más vino. Es medianoche y nos miramos turbilmente con los ojos entrecerrados. De golpe, me doy cuenta de que estamos sentados en los coches corrajes. Estoy cansado. "Para que yo ida la mujer, immóvil, con su mirada azul, parece ahora comprenderlo todo: una comprensión que proviene de una sabiduría muy antigua.

2.- Los trabajos y los días

Escuchando el Quinteto Op. 163 de Schubert. Extraña conjunción de elementos dispares, imponderables, que forman un instante de rara plenitud. Aflera, la tempestad se abate sobre Bruselas. Peter se cañea en tomar una fotografía, un interior, hábilmente compuesto. Recuerdo que por sus venas corre la sangre de los Vermeer. Esta música casi detenida, que no es más que un acorde inasaciable y tembloroso; las grandes regiones de luz y sombra del cuarto, y Peter que se obstina —¡clic!—, mientras leo: "Joyce engarza en la línea de los Búchner, de los Rimbaud, de aquellos que no vianjan ni por placer ni por curiosidad ni para hacer como todo el mundo; ni para instruirse ni para olvidar, sino como peregrinaba Ulises, el Judío Errante..."

Fases en auto con Peter. El presente es esto (esto) está; subir y bajar del auto, entrar y salir del departamento, ir a la calle, volver de la calle, acostarse, levantarse, alimentarse para poder seguir andando y bejando del auto, entrando a y saliendo del departamento, yendo a y volviendo de la calle. No sé exactamente desde cuándo estoy haciendo lo mismo. Mientras se lo está viviendo, el presente no tie-

ne sentido; está detallado lleno de elementos superficiales. Demasiado es lo que voy a olvidar. El presente existe verdaderamente después, corregido por el tiempo; existe porque lo recordará. "Fases solitarias. Sentimiento impuntante, casi intolerable, acompañado, incluso, de dolor físico, de ser un perfecto extranjero. Lo que más me intranquila de esta ciudad es su carencia de sol. Su luz, sus grises, amplias persiervativas, bastarían de presuntuosidad. Sería un buen escenario para un film surrealista. Comprendo ahora el prestigio solar que tiene Italia entre los bruselenses. Anuncio en un restaurante de Bruselas: "Echa para olvidar, pero no olvide pagar". Otro, en el mismo sitio: "Para dar a nuestra distinguida clientela la ocasión de comer bien una vez por semana, el restaurante cierra el domingo."

"Bom de zueca" es un espectáculo celoso. Es del tipo de seres que inspiran ni desconfianza; si no es el centro de la reunión —de una reunión que, por lo demás, ni anima ni nutre, pues no da nada— se aburre terriblemente y muestra un gesto hostil que, entre todos los gestos humanos, es el más feo; el del absoluto desmor hacia los demás. Amar a los seres en abstracto es muy cómodo, es la esencia y declaración del más bobotito abyecto egoísmo.

"No... decididamente un ángel. Al abrir hoy mi portafolios he encontrado una caja de queso di crème y un paquete de glicines. Los mios me han abandonado. Aneudo Vivimos en un mundo sordo, despiadado. Nadie oye a nadie. N. sucumbirá; N. y sus lecciones de latín; terminará por darse cuenta que puede hacer más dinero con sus senos que con su cerebro. La fortaleza sucumbirá bajo los requiebros de un romano "apasionado". Todo se desmorona.

"Louvain. Erasmo vivió aquí. Hoy me tocará hacer mis habilidades como repartidor de folletos que hablan de las bondades injulgadas del sin igual Jabbé "Castella", 225 francos diarios "Pis mal...". A las 7 de la mañana llega a recogerlos a las 2 de la tarde. Un gigante de no más de 20 años; rubio, lampiño, color leche, resuelto. Nos hemos dado cita frente al Muniplio, con sus alucinantes agujas gólicas que se elevan al cielo, semicónicas por la neblina matinal. El patrón, desplegando mapas y ampliaciones cartográficas, muestra los tres hoteles y yo ingerimos un rápido desayuno, nos explica su plan; se trata de invadir "le Royaume de la Belgique" con los folletos que trenen la buena nueva; ha aparecido el sin par Jabbé "Castella", etc. Otros equipos se ocuparán del resto del país. Nuestra misión se circunscribe a la zona de Louvain. Salimos y montamos en un furgón Volkswagen, que conduce el patrón sin pericia alguna. Des-

pués de una hora de camino, confiesa: "No conozco esta máquina primera vez que monto en ella". Fide consigo a uno de los lingüeros, pero lo desconfío de una hora que su autoridad no resulte herida. "Se abre camino el bebé", pliegan. Avanzamos. Hay una luz amarilla desplazada. Otros veinte minutos de tumbos, y estamos en Halle, el bebé de 2 metros se trancora. Detenido a las afueras, observa el caserío medieval. El patrón, con un mapa, me indica la perfección su plan. A horchadas sobre el volante, mapas desplegados, el estruendo de instrucciones: "Bela, esta calle; usted, Ferenc, a la derecha, hasta el fondo, y se perfone el conajto de casa del Portal..."

A mediodía, un alto en la faena. Como mos, devoramos. El patrón, entonces, se explica, como obedeciendo a una voz interior: "Retlar", pregunta algo a los lingüeros, refugiados de la revolución. Bela es fuertemente antiotivético. El patrón, concluidos y solemne, observa:

"En poco tiempo más Rusia será nuestra amiga, crocecos, monstres, a causa de China..."

El bebé hasta se permite el lujo de tener ideas.

Se discute sobre la Iglesia. Conclusión: el bebé es la institución más rica del mundo moderno. "Tiene el capital de la tierra —remarca el bebé—, y el mundo entero se le debe. Su ánimo expansivo se interrumpe de momentáneo en el el estrategia imisericorde. Bela y yo aventuramos otros temas de conversación. En un momento el patrón, redondamente que ya se ha hablado bastante. En un momento, el patrón, redondamente en el furgón, una carrera loca nos conduce ahora hacia las afueras. Al llegar a un cruce de caminos, continuamos llevando la buena nueva, a campamentos hoscos, calados de zuecas, hasta la casa de la señora. El patrón se hace tan densa que a duras penas nos vemos la punta de los zapatos.

De regreso a Bruselas, apañados unos sobre otros, dormitamos, los pies hinchados. Bela se ha incorporado, invitando a los demás a hacer lo mismo. Señala algo a distancia. Ver la imagen borrosa de un gran promontorio, en forma de pirámide, disuelto en la noche, de un color fantasmal. Estamos frente a Waterloo.

"Mire, ahí tiene usted el sitio de la batalla de Waterloo..."

—La gran batalla donde Napoleón perdió su imperio —añade otro.

Mis ojos se cierran involuntariamente. Hago un gran esfuerzo y miro, sin emoción, a ese lugar cargado de historia. Imagino que por tal o tal cual sentido el Gran Corso, o su fantasma, camina, meditando sobre sí derrotó.

Al día siguiente, soy incapaz de levantarme para acudir a la cita frente al Muniplio envuelto en la tibiaza de las sabanas, piengo. No basta de jabbé "Castella". Lo porfirio, después un minuto más bajo las órdenes de semajante bebé.

"... J. es un belga que adora las revoluciones latinoamericanas, más y más revoluciones latinoamericanas que en América del Sur, más y más, atizándose —al menos, es lo que él cree— desde Bélgica. Todo esto es absurdo: un hombre que sueña con revoluciones lejanas es porque es un hombre que se lo propio. Su manía lo está convirtiendo en un verdaderamente policomunista. Estoy convencido de que en Louvain, los sudamericanos residentes, ejercitan su pasión favorita a la hora de amar y montar. Le he hecho que se cuide de los "allegados" de la familia. Me fustiga de una mirada (he llegado a creer que J. J. es el Heris de Louvain) y me lanza su anatema."

—Eres un hombre perdido para la revolución latinoamericana —dice Denisto. Este hombre no tiene remedio.

3.- Tren Luxemburgo-Bruselas-Amsterdam

Comienza el otoño, este otoño que se precipita en los Países Ba-

jos, que adelanta el naufragio de un día en el espacio, que corre impaciente a sumergirse en la bruma, en la gisalla, en la ventisca, en la llovizna obtinada y sutil.

Al lado afuera de la ventanilla, se despliega un panorama triste y monótono. El largo convoy se desliza suavemente, zigzagando, sobre el trazo de la profunda red de vías de intercambio, ya aproximándose, ya alejándose de la ciudad, que se extiende al flanco como una figura recostada y mítica. Bruselas ha devenido alforra de sorpresas. Han quedado atrás los ferruginosos y lummeantes suburbios industriales.

Ahora vienen bloques de cemento y concreto armado, como sumergidos bajo un tenue velo de humo, de bruma y residuos; una serie monótona de rectangulars, como sombriamente golpeada fuerza titánica, el abigarramiento de la ciudad, el pase de los horizontes, el paso de las montañas, obras. En un momento, las crestas metálicas y las chimeneas se convierten en esta más determinada y escueta, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de remotas y fantasmales torres góticas. El convoy, disminuyendo la velocidad, y como abriendose poco entre la telaraña de ferrovías, parece inclinarse, como si se fuera a caer, inmersa en una luz amarillenta, herida de vez en cuando por el provocativo perfil de rem



cuento de Inés Arredondo (mexicana)

Y heacaron tres mueras hermosas por todo el término de Iruviel y Malton a Kilby Smithe, y resplandecia...

Así fue un verano abrasador. El último de Terna, concentrada en el desierto que precede a la cambrística, la ciudad...

Y cuando al pueblo a la hora de la siesta. Caminando por las calles solitarias con un pequeño veloz en la mano, fui cayendo en el entremuche privado...

El zaguán se encontraba abierto, como siempre, y en el fondo del patio recaba la luz amarilla...

TRES TROZOS DE VIDA

(Vieue de la pág. anterior)

tra a la hija. La muchacha me observa a mí y a las vallijas, puntillosamente...

¿Te he contado de cuando fuimos a la fiesta en 1938, antes de la Revolución? Había que ir en burro a Colima...

—No sé tú. —Te se fatiga demasiado, descanse. —Dienes raro, estoy cansado. Dicesme solo un rato y llevate el cofre tu cuarto, es tuyo.

—Todo es tuyo y se acabó... Resalelo lo que me da la gana. —Su voz se quebró en un sollozo terrible...

—Una tarde oscurísima por nubarrones amenazantes, cuando estaba recogiendo la ropa tendida en el patio...

—Lichita ¿se muere? ¡está boqueando! —Vete a buscar al médico... ¡No! Iré yo... llamo a doña Clara para que te acompañe mientras vayas.

—Y el padre. Tráelo al padre. —Salí corriendo, huyendo de aquel zaguán improporible, de aquella inmensidad oscura y sofocante. Mi vino, regresé a la casa, serví café, recibí a los pacientes que empezaron a llegar...

—Volví a bajar, a respirar aquellas aromas de los retablos, a quienes él había visto, tocado, yo las imaginaba, y me acordaba del sentido de las alhajas de familia.

—No sé cómo llegó hasta el umbral. Era ya un día noche y se había copado...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

—Obedei yendo hasta los pies de la sában, sin atreverme a mirar ni las sábanas, ni la voluntad de tu tío, si ni bien me algo que oponer, castrate contra...

Fondo de Cultura Económica

UN SELLO EDITORIAL VERDADERAMENTE PRESTIGIOSO

Algunos títulos de interés permanente de sus diversas líneas editoriales

Economía

- ALDRIGHETTI — Técnica bancaria. 168 pp.
COHEN — Economía de la agricultura. 190 pp.
CROXTON y COWDEN — Estadística general aplicada. 712 pp.
DOBB — Salarios. 150 pp.
GOLDENWEISER — Política monetaria norteamericana. 296 pp.
HABERLER — Ensayos sobre el ciclo económico. 524 pp.
KICKS y HART — Estructura de la economía. Introducción al estudio del ingreso nacional. 288 pp.
KALECKI — Teoría de la dinámica económica. 184 pp.
LERNER — Teoría económica del control. 400 pp.
MCISAAC — Elementos de análisis económico. 264 pp.
MYRDAL — Solidaridad o desintegración. 458 pp.
SCOTT — Curso elemental de economía. 200 pp.
SOMMERS — Finanzas públicas e ingreso nacional. 604 pp.
TINBERGEN — Dinámica del ciclo económico. 388 pp.
TINBERGEN — Política económica. 344 pp.
WEBER — Historia económica general. 532 pp.
ZAMORA — Tratado de teoría económica. 802 pp.

Administración pública. Organización y dirección industrial

- ALCARAZ — Cálculos financieros. 1240 pp.
CARROLL — Control de costos de producción.
LITTLEFIELD - PETERSON — Organización de oficinas. 546 pp.
SCHELL — Técnica del control ejecutivo. 248 pp.

Centro de estudios monetarios latinoamericanos

- ADLER — Recursos financieros y reales para el desarrollo. 152 pp.
BOSKEY — Bancos para el fomento industrial. Problemas y políticas. 248 pp.
BROVEDANI — Bases analíticas de la política monetaria. 144 pp.
CLARKE — Problemas legales de los instrumentos negociables. 186 pp.
COSTANZO — Problemas de estabilización económica en América Latina. 220 pp.
FERNANDEZ y FERNANDEZ — Economía agrícola y reforma agraria. 160 pp.
FOUSEK — Los instrumentos de la política monetaria. 190 pp.
KALDOR — Ensayos sobre desarrollo económico. 136 pp.
LURIE — Estabilidad, inflación y desarrollo. 180 pp.
WILLIAMS — Problemas financieros internacionales. 133 pp.

Sociología

- BROWN — Exámen del futuro. 284 pp.
COSER — Las funciones del conflicto social. 216 pp.
LEMKAU — Higiene mental. 400 pp.
MACINVER — Causación social. 340 pp.
PICARD — El romanticismo social. 366 pp.
ZEISEL — Dígalo con números. 280 pp.
TIMASHEFF — La teoría sociológica. 400 pp.

Historia

- OTS CAPEQUI — El estado español en las Indias. 244 pp.
C. RAMA — La crisis española del Siglo XX. 380 pp.
SCHRECKER — La estructura de la civilización. 400 pp.
BOLHER — Vida y cultura de la Edad Media. 290 pp.
DOPSCH — Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea. 676 pp.
GERBI — La disputa del Nuevo Mundo. 682 pp.
KAHLER — Historia Universal del Hombre. 610 pp.
MEYER — El historiador y la historia antigua. 424 pp.
SYMONS — El renacimiento en Italia. 2 vols. 1152 pp.

Filosofía

- BARTH — Verdad e Ideología. 294 pp.
CASSIRER — Filosofía de la ilustración.
CASSIRER — Problemas del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas. Desarrollo y culminación del racionalismo. El problema del conocimiento en el sistema del empirismo. De Newton a Kant. La filosofía crítica. 724 pp.
DE GORTARI — Introducción a la lógica dialéctica. 328 pp.
DEWEY — La busca de la certeza. Un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción. 278 pp.
HARTMANN — Ontología: fundamentos. 384 pp. Ontología: Posibilidad y efectividad. 385 pp. Ontología: La Fábrica del mundo real. 688 pp.
LUKACS — El asunto a la razón. 708 pp.
NICOL — Metafísica de la razón. 421 pp.
ROTHACKER — Problemas de ontología cultural. 200 pp.

Antropología

- COLLIER — Los indios de las Américas. 308 pp.
COMAS — Manual de antropología física. 700 pp.
CORONA NUÑEZ — Mitología vasca. 118 pp.
ELIADE — El chamanismo. 456 pp.
LINTON — El estudio del hombre. 488 pp.
MASON — Las antiguas culturas del Perú. 328 pp.
MURLOCK — Nuestros contemporáneos primitivos. 496 pp.
ORTIZ — El huracán: su mitología y sus símbolos. 638 pp.
POWDERMAKER — Hollywoood: El mundo del cine visto por una antropóloga. 356 pp.
SEJOURNE — El universo de Quetzalcóatl. 208 pp.
VAUBLANT — La civilización azteca. 320 pp.
WESTHEIM — El arte antiguo en México. 400 pp.

Psicología y Psicoanálisis

- DIEL — Los principios de la educación y de la reeducación. 280 pp.
ESCALONA y MOORE — Predicción y resultados en el niño.
GARRET — Las grandes realizaciones en la psicología experimental. 444 pp.
HILDARD — Teorías del aprendizaje. 608 pp.
HORNEY — El nuevo psicoanálisis. 288 pp.
ODIER — El hombre esclavo de su inferioridad. 268 pp.
SECHERRE — La realización simbólica. Diario de una esquizofrénica. 232 pp.

Lengua y estudios literarios

- HENRIQUEZ UREÑA — Breve historia del modernismo. 560 pp.
HIGHER — La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental. 2 vols. 928 pp.
LEONARD — Los libros del Conquistador. 402 pp.
LIDA de MALKIEL — La idea de la fama en la E. M. Castellana. 316 pp.
LIDA — Letras hispánicas. Estudios. Esquemas. 348 pp.
MARTINEZ ESTRADA — El mundo maravilloso de Enrique Huéscar. 344 pp.
PATCHE — El otro mundo en la literatura medieval. 462 pp.
PAZ. O. — El arco y la lira. 288 pp.
REYES, ALFONSO — La Ilíada de Homero. 246 pp.

Historia de las ideas en América

- ARDAO, ARTURO — La filosofía en el Uruguay en el siglo XX. 196 pp.
CRUZ COSTA — Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil. 140 pp.
GOMEZ ROBLEDO — Idea y experiencia de América. 256 pp.
BAGU — La realidad argentina en el siglo XX. Argentina en el mundo. 212 pp.
GALLOTTI — La realidad argentina en el siglo XX. La política y los partidos. 284 pp.
PRINOY — La realidad argentina en el siglo XX. Análisis crítico de la economía. 208 pp.

Breviarios

- NICOLSON — La diplomacia. 212 pp.
BAYNES — El imperio bizantino. 212 pp.
SZILAZI — ¿Qué es la ciencia? 144 pp.
ROMERO — La edad media. 220 pp.
OMMANNEY — El océano. 270 pp.
BOBBIO — El existencialismo. 90 pp.
SCHÖCKING — El gusto literario. 140 pp.
PEIFFER — La poesía. 44 pp.
MURRY — El estilo literario. 152 pp.
THOMPSON — El psicoanálisis. 254 pp.
HOGARTH — El antiguo Oriente. 168 pp.
TAMAYO — Geografía de América. 380 pp.
COPLAND — Cómo escuchar música. 240 pp.
COLLIS — Marco Polo. 214 pp.
SADOU — Vida de Chaplin. 228 pp.
FERVRE — Martin Lutero. 284 pp.
HUS — Los struccos. 334 pp.
MATTUCK — El pensamiento de los profetas. 192 pp.

Colección Popular

- AZUELA — Los de abajo. 144 pp.
BENITEZ — El Rey Vito. 210 pp.
BONDI — El origen del Universo. 92 pp.
YANEZ — La creación. 314 pp.
ROSTAND — El hombre y la vida. 126 pp.
RIVET — El origen del hombre americano. 200 pp.
CROCE — La historia como historia de la libertad. 296 pp.
DOBER — Introducción a la economía. 98 pp.
WRIGHT — Para comprender el teatro actual. 254 pp.
BOYD — El jazz. Su origen y desarrollo. 452 pp.
MILLS — Escucha yanqui. 268 pp.
MYRDAL — El estado de futuro. 296 pp.

30 AÑOS DEDICADOS A LA EDICION DE OBRAS DE LA PRODUCCION INTELCTUAL UNIVERSAL

Solicite Catálogos — Suscríbese a nuestra publicación bibliográfica mensual "La Gaceta" — Precio: \$ 12.00

Distribución exclusiva: **REPRESENTACION DE EDITORIALES**

Plaza Cagancha 1342, P. 1 - Tel.: 9.27.62 - Montevideo

oscure batalla de perfumes de vasos y escuchas de pedales casi encamucados, tal es la presencia de las flores que así, sin duda, poseen una piel viviente dentro del ramajeo, sábanas del árbol, tumba del nardo, templo de la granada; la pequeña reclamará sin ventura, iluminada por las usas hincadas de los pesados cirios chaparrones, trocizos, y flores húmedas hasta el centro del plaxo y sólo de allí, del sol de la tarde, se puede resacalear para coger el pilar detrás de los cirios y entre las flores dispersas el estímulo de los huesos usados, los arcos de coqueles y los globos arrugados, sin aire, viejas ciruelas transparentes, los cabos de madera con las crines destrozadas, los patines del diablo, las muñecas despeduchadas y coqueles, los ocos vaciados de serrín, los platos de hule perforado, los perros desvaciados por la polla, las cuerdas saltar ruidas, los jarrones de vidrio repletos de dulces secos, los zapaticos gastados, el sricolo —tres ruedas; noy dos; y no de bicicleta; dos ruedas paralelas, abajo—. Los zapaticos de cuero y estambró; y al frente, al alcance de mi mano, el pequeño fétetro levantado sobre cajones azules, decorados con flores de papel, esta vez flores de la vida, clavetes y girasoles, amapolas y tulipanes, pero como aquella, las de una muerte, parte de un asativo que coceia todos los elementos de este inventario fúnebre en el que repasa, dentro del sáptrico plateado y entre los sábanas de seda negra y junto al acollachado de seda blanca, ese rostro inmovil y sereno, embaucado por una cofia en el baldado con listón color de rosa; cejas que el más leve pincel trazó, párpacos cerrados, pestañas coqueles, cejas, que arcajan una sombra tenue sobre las mejillas tan llenas y saludables como en los días del parque, labios serenos, rojos, que en el puchero de Amilamia cuando fingía un envelo para que yo me acercara a jugar, manos unidas sobre el pecho, una camandula, idéntica a la de la madre, extrayéndome ese envelo de pasta; mortaja blanca y pequeña del cuerpo imputer, limpio, dócil.

Los viejos se han hincado, sollozando. Yo lavé la mano y roce con los dedos tamboriles el rostro de porcelana de Amilamia. Siento el frío de esas flecosas silbadas, de la madre, que una que preside los fastos de esta cámara real de la muerte. Porcelana y algodón. Amilamia no olvida a su amigo y me busca aquí como te lo digo.

Aparto los dedos del falso cadáver. Mis huellas digitales quedan sobre la tez de la muñeca.

Y la nápea se irradia en mi estómago, despidiendo el humo de las flores y la peste del ástero en el cuarto encerrado. Doy la espalda al túmulo de Amilamia. La mano de la señora toca mi brazo. Sus ojos desorbitados no hacen temblar la voz apasitada.

—¿Qué me lleva, señor. Si de veras la quiero, no vuelva más.

Toco la mano de la madre de Amilamia, veo con los ojos mareados la cabeza del viejo, hundiéndose entre sus pleretas y el ángel del arrosento, a la escasa, a la sala, al patio, a la calle.

5

En un año, si han pasado nueve o diez meses. La memoria de suentarme. He perdido el olor de las flores y la imagen de la muñeca belada. La madre Amilamia no regresa a mi recuerdo y me he sentido, si no contento, sumo otra vez, el porque, la ni-viva, mis horas de lectura adolescente, han venido a los espectros monstruosos de un culto enfermo. La imagen de la vida es más poderosa que la muerte. Me digo que viviré para siempre con mi verdadera Amilamia, vieja, colorada de la caricatura de la muerte.

Y un día me atrevo a repasar aquel álbum de hojas cuadradas, las don-de había apuntado los datos falsos del día de su página, otra vez, esa la tarjeta de Amilamia con su terrible caligrafía infantil y su plano para ir del jardín a la sala. Siento al resacalear. Muero uno de los bordes, pensando que los pobres viejos, a pesar de todo, aceptarán este regalo.

—Se pongo el saco y me anudo la corbata, afilando, sólo que no visitará, sólo una vez más y ofreceré esa tarjeta, con la letra de la niña muerta?

—Es acorro corriendo a la casa de un pino. La lluvia comienza a caer en gotas aludidos que hacen surgir de la tierra, con una lamidez mágica, ese olor de bendición mojada que parece resacalear los huesos y precipitar las fermentaciones de todo lo que existe con una raíz en el polvo.

Toco el timbre. El aguacero arrecia e insiste. Una voz chillona grita: —¡Voy!— y espero que la figura de la madre, con su estero rosario, me reciba. Me levanto las solapas del saco.

TOMA DE CONCIENCIA

Rosario Castellanos
(mexicana)

Con el mismo rigor y la misma pasión, Rosario Castellanos ha cumplido obra de narradora y de poeta. *Estos Cuadros* (1952), su producción y varias libranas europeas, demuestran su capacidad de novelista, que retiene en *Ciudad real* (1950) y perfecciona en *Oficio de señoras* (1952), así como la preocupación indigenista, siendo, dominante. Sin embargo ella se inclinó en la literatura con *Apuntes para una declaración de fe*, *De la filosofía escrita*, libros de teatro. *Desde su principal título al pie de la letra* (1952), su libranca se filosofa y profesa, en México.

A medianoche el centinela alerta grita ¿quién vive? y alguien —yo, sí, yo— (no me duermo de enfrente) debía responder por sí, por otros.

Pero apenas despierto y adormecido ignoro el santo y seña de los que hablan.

Malhumorada, irónica, levantando los hombros como a quien no le importa, yo digo que no sé sino que sobrevivo

a mínimas tragedias cotidianas: la uña que se rompe, la mancha en el mantel, el hilo de la media que se va, el globo que se escapa de las manos de mi hijo.

Contemplo esto y no muero. Y no porque sea fuerte sino porque me entiendo si lo que pasa es grave, irreversible, significativo

ni si de un modo misterioso estoy atrapada en la red de los sucesos.

Pero la verdad es, que aún soñolienta, me levanto, me baño, canturreo pensando en otras cosas.

Y luego desayuno, tranquila, soñoriamente, leyendo la noticia del viejo avaro al que sus asesinos buscaron las monedas que escondía, a noñaladas, dentro de su estirada.

Ma, no palpó y no siento la berida. Todavía soy una mujer sola.

Bebo el café y mi mano

no tiembla cuando doy vuelta a la página

y ahí, en un aporral remoto, agazapado,

circulado con listón color de rosa

de un enemigo que también se esconde

que también grita,

encuentro a un hombre que es distinto a mí

por el color, por el idioma, pero

igual en el relámpago que ilumina este instante

que él y yo adversario y yo, que no los veo,

estamos juntos, somos uno solo

y en nosotros respira el universo

Amor mio, que a veces viene a visitarme

y me estrecha la mano

o simplemente miras con piedad que envuelven,

no te sientas más profética que aquel del arrosal

o del que un día lejana

(ya ni siquiera puedo decir dónde)

También mi ropa, mi cuerpo, transforman

su olor al contacto de la lluvia. La

puerta se abre.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué bueno que

vino?

Sobre la silla de ruedas, esa muchacha

contrahecha detiene una mano en la

perilla y me sonrío con una mueca

insanible. La joroba del pecho transforma

su vestido en una cortina del cuerpo

por un tiempo blanco al que, sin embargo,

da un aire de coquetaría el delantal

de cuadros azules. El pecho me hace

extrar de la bolsa del delantal una

cajetilla de cigarras y lo enciende con

rapidez manchando el estero con los

labios pintados de color naranja. El humo

lo hace girar los hermosos ojos

gruesos. Se arveja el pelo colorado, apaja-

do, peinado a la permanente sin des-

dejar de mirarme con un aire inquisitivo

y desolado, pero también anhelante,

adora mírgolos.

—No, voy a casa.

Y desde la casa escuchó, al mismo

tiempo, el rascaeo tipológico del viejo, ca-

do en vez más coqueles.

—¿Dónde estás? ¿No sabes que no

debes contarme las llamadas? Regresa!

¡Engredre del demonio! ¿Quieres

que te note por ahí?

Y el agua de la lluvia me escurre

por la frente, por las mejillas, por la

beba. Y las pequeñas manos anudadas

dejan caer sobre los brazos mojados la

revista de historietas cómica.



BIBLIO DE JORGE CENTURION

me dio a beber un sorbo de agua fresca en jornada de sol e intemperie. Porque soy algo más, ahora por fin lo sé, que una persona, una chupra y la celda de un osombrer.

yo soy un ancho pato, una gran casa abierta: yo soy una memoria.

Permaneces ahí, imagen del que ha muerto, rostro del que partió con la promesa de volver, como flor entre los labios.

A mí, como a una hoguera en pleno campo, se arriaman en la noche los de mi tribu y otros desconocidos y aún algunos animales cuya inocencia guardo.

En medio de este corro de presencias soy lo que soy: materia que arde, que difunde calor y luz. Crepito la respuesta gozosa: ¡viven todos!

SALIO:

LA GRAN SINTESIS

manuscrito de PIETRO UBALDI

EXTRAORDINARIA TESIS CIENTIFICO-FILOSOFICA

EDITORIAL MONISMO

Castilla Correo #2107 - Tel. 82178

EN LIBRERIAS

Precio: \$ 30.00

LA MUÑECA-REINA

Cuento

por Carlos Fuentes

(mexicano)

VINE porque aquella tarjeta tan curiosa, me hizo recordar su existencia. La encontré entre las páginas de un libro olvidado que habían reproducido un espectro de la caligrafía infantil. Estaba acomodada, después de mucho tiempo de hacerlo, mis libros. Iba de sorpresa en sorpresa, pues algunos, puestos en los estanterías más altas, no habían sido tocados durante mucho tiempo. Tanto, que el hijo donado de las hojas se había granulado, de manera que sobre mis palmas abiertas cayeron, mezclados, el polvo de oro y la escama gris de una aleación desconocida, evocadora del barniz que cubre ciertos cuerpos entrecostados primero en los sueños y después en la deceptiva realidad de la primera función de ballet a que somos conducidos. Era un libro de mi infancia —caso de la infancia de muchos niñas— y relataba una serie de historias ejemplares más o menos truculentas que poseían la virtud de arrojarlos sobre las toldillas de nuestras mejores para preguntarnos, una y otra vez, ¿por qué? Los hijos que son desgraciados con sus padres, las mozas que son zapatas por caballerangos y regresan avergonzadas a la casa, así como las que de buen grado abandonan el hogar, los viejos que a cambio de una hipoteca vendida exigen la mano de la muchacha más dulce y dolorida de la casa encantada, ¿por qué? No recuerdo las respuestas. Sólo sé que de entre las páginas manchadas cayó, revoloteando, una tarjeta blanca con la letra atroz de Amilamia: Amilamia no olvida a su amiguito y me buscas aquí como te lo sé.

Y detrás estaba ese plano de un sendero que partía de la X que debía indicar, sin duda, la banca del parque donde yo, adolescente rebelde a la educación prescrita y tediosa, me olvidaba de los horarios de clase para pasar varias horas leyendo libros que si no fueron escritos por mí, me lo parecían: ¿cómo iba a dudar que sólo de mi imaginación podían surgir todos esos corsarios, todos esos corcos del zar, todos esos muchachos, un poco más jóvenes que yo, que bogaban el día entero sobre una barcaza o lo largo de los grandes ríos americanos? Detenido al brazo de la banca como a un arzón milagroso, al principio no escuché los pasos ligeros que, después de correr sobre la grava del jardín, se detenían a mis espaldas. Era Amilamia y no supe cuánto tiempo me había acompañado en silencio si su espíritu travieso, cierta tarde, no hubiese optado por hacerse cosquillas en la oreja con los vilanos de un amargón que la niña soplaban con los labios hinchados y el ceño fruncido.

Preguntó mi nombre y después de considerarlo con el rostro muy serio, me dijo el tuyo con una sonrisa, si no cándida, demasiado enayada. Pronto me di cuenta de que Amilamia había encontrado, por así decirlo, un punto intermedio de expresión entre la ingenuidad de sus ojos y las formas de mimica adulta que los niños bien educados debían conocer, sobre todo para los momentos solemnes de la presentación y la despedida. La gravedad de Amilamia, más bien, era un don de su naturaleza, al grado de que sus momentos de espontaneidad, en contraste, parecían aprendidos. Quiero recordarla, una



ILUSTRACION DE H. SABAT

● Pocas caricaturas literarias más vívidas y brillantes que la del mexicano CARLOS FUENTES. A los 25 años se ya un novelista de fama internacional, cuyas obras (Los días enmascarados, 1954, Le región más transparente, 1958, Las buenas conciencias, 1959, La muerte de Artemio Cruz, 1962), han sido traducidas a varias idiomas. Después de un largo viaje, el año pasado, por los países socialistas, se ha consagrado a París, 1963. Con una reinvención ideológica y una escritura apasionada traduce la problemática social del México presente, considerada con un agudo espíritu crítico.

tarde y otra, en una sucesión de imágenes fijas que acaban por sumar a Amilamia entera. Y no deja de sorprenderme que no pueda pensar en ella como realmente fue, o como en verdad se movía, ligera, interviante, mirando de un lado a otro sin cesar. Debo recordarla detenida para siempre como en un álbum. Amilamia a lo lejos, un punto en el lugar donde la loma caía, desde un lago de tréboles, hacia el prado llano donde yo leía sentado sobre la banca: un punto de sombra y sol fluyentes y una mano que me saludaba desde allá arriba. Amilamia detenida en su carrera loma abajo, con la faldita blanca esponjada y los calzones de florecillas apretados con ligas alrededor de los muslos, con la boca abierta y los ojos entrecerrados porque la carrera agitada del aire y la niña horaba de gusto. Amilamia sentada bajo los escupitijos, fingiendo un llanto para que yo me acercara a ella, Amilamia loma abajo con una flor entre las manos: los pétalos de un amanto que, descubri más tarde, no crecía en este jardín, sino en otra parte, quizás en el jardín de la casa de Amilamia, pues la única bolsa de su delantal de cuadros azules venían a menudo

llena de esas flores blancas. Amilamia viéndose dome leer, detenida con ambas manos a los lavretos de la banca verde, inquiriendo con sus ojos grises; recuerdo que nunca me preguntó que cosa leía, como si pudiese adhirir en mis ojos las imágenes nacidas de las páginas. Amilamia viendo con placer cuando yo la levantaba del tale y la hacía girar encima de mi cabeza y ella parecía descubrir otra perspectiva del mundo en ese vuelo lento. Amilamia dándome la espalda y despidiéndose con el brazo en alto y los dedos abrochados. Y Amilamia en las mil posturas que adoptaba alrededor de mi banca: colgada boca abajo, con las piernas al aire y los calzones abrochados; sentada sobre la grava, con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada en el mentón; recostada sobre el pasto, exhibiendo el ombligo al sol; tejendo ramas de los árboles, abujando animales en el lodo con una vara; leyendo con seriedad los bayrotes de la banca, escondida bajo el asiento, queriendo sin hablar las cortezas sueltas de los troncos altos, imitando las voces de pájaros, perros, gatos, gallinas, caballos. Todo para mí, y sin embargo, nada. Era su manera de estar conmigo, todo esto que recuerdo, pero también era su manera de estar a solas en el parque. Si quisiera recordar de esa manera fragmentaria, por lo que me lecturas con una concentración de la niña molestada, de cabello lino cambiante de acuerdo con los reflejos de la luz: ora pajizo, ora de un castaño oscuro. Yo sólo hoy pienso que Amilamia, en ese momento, establecía el otro punto de apoyo para mi vida, el que creaba la tensión entre mi propia infancia irresuelta y el mundo abierto, la tierra prometida que empezaba a ser mía en la lectura.

Entonces no. Entonces soñaba con las mujeres de mis libros, con las hembras —la del taladro de la Reina para vender su collar en concreto, con las invenciones mitológicas —mitad seres reconocibles, mitad salamandras de pechos blancos y vientres húmedos—, que el peraban a los monarcas en sus lechos. Y así imperceptiblemente, pase de la indiferencia hacia mi compañía infantil a una aceptación de la gracia y gravedad de la niña, y de allí a un rechazo impensado de esa presencia infantil. Acabó por irritarme, a mí que ya tenía cuarenta años, esa niña de siete que no era, aún, la memoria y su nostalgia, sino el pasado y su actualidad. Me había dejado arrastrar por una debilidad. Juntos habíamos corrido, tonidos de la mano, por el prado. Juntos habíamos cuidado los pinos y recogido las piñas que Amilamia guardaba con celo en la bolsa del delantal. Juntos habíamos fabricado barcos de papel para seguirlos, alborozados, al borde de la acuequia. Y esa tarde, cuando juntos rodamos por la colina, en medio de gritos de alegría, el pie de ella caímos juntos, Amilamia sobre mi pecho, yo con el cabello de la niña en mis labios, y sentí su jadeo en mi oreja y sus brazos pegajosos de dulces alrededor de mi cuello, me levanté bruscamente. Amilamia continuó abrazada a mi cuello, le retiré los enojos los brazos y la dejé caer. Amilamia librada, acariaciéndose la rodilla y el codo heridos y yo regresé a mi banca. Luego Amilamia se fue y al día siguiente regresó, me entregó el papel sin decir palabra y se perdió, camuflando, en el bosque. Dudé entre rasgar la tarjeta o guardarla en las páginas del libro. Las tardes de la granja. Hasta mis lecturas se estaban infantilizando al lado de Amilamia. Ella no regresó al Parque. Yo, a los pocos días salí de vacaciones y regresé con los deberes del primer año de bachillerato. Nunca la volví a ver.